

R. 16. (Alf. G. G.)

EDICIONES POPULARES

DE LOS LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS MAS LEIDOS EN EUROPA, ENRIQUECIDAS CON PROFUSION DE GRABADOS.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

TOMO III.

CONTIENE LAS OBRAS SIGUIENTES, QUE EN EDICIONES COMUNES FORMAN 20 VOLUMENES.

La Segunda Vida.—Isabel.—La Rosa de Castro.—El amor de una niña.
La muger del Pachá de Jerusalem.—El Mundo tal cual será.—Heba.—El amor de un seminarista.—La caza del leon.—El cetro y el puñal.—Corina ó la Italia.—El Banquero de cera.
Los cincuenta francos de Juanita.—Fa sostenido.—Versos contra Fr. Luis de Leon.

Precio del tomo 40 rs.

MADRID.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION, A CARGO DE G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

1852.

L47 - 7190

1521

DIRIGIDA POR
A. F. de los Rios.
CONTIENE
ESTE TOMO
VOLUMENES
Comunes.
CICLO:
CUBIERTAS DEL
Pintoresco
La Ilustracion.
1852.

PRINTED BY J. W. B. & CO.

BIBLIOTHECA UNIVERSITATIS

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

No 76.

EDICIONES POPULARES

DE LOS LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS MAS LEIDOS EN EUROPA, ENRIQUECIDAS CON PROFUSION DE GRABADOS.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

de D. Angel Fernandez de los Rios.

TOMO III.

CONTIENE LAS OBRAS SIGUIENTES, QUE EN EDICIONES COMUNES FORMAN VEINTE VOLÚMENES:

LA SEGUNDA VIDA.—ISABEL.—LA ROSA DE CASTRO.—EL AMOR DE UNA NIÑA.—
LA MUJER DEL PACHÁ DE JERUSALEN.—EL MUNDO TAL CUAL SERÁ.—HEVA.—EL AMOR DE UN SEMINARISTA.
LA CAZA DEL LEON.—EL CETRO Y EL PUÑAL.—CORINA Ó LA ITALIA.—EL BANQUERO DE CERA.
—LOS CINCUENTA FRANCOS DE JUANITA.—FÁ SOSTENIDO.—VERSOS CONTRA FRAY LUIS DE LEON.



MADRID.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION, A CARGO DE D. G. ALHAMBRA.
JACOMETREZO, 26.

1852.

N.º 76.



EDICIONES POPULARES
de los libros antiguos y modernos mas leidos en Europa, enriquecidas con profusion de grabados.

BIBLIOTECA

UNIVERSAL.

FA SOSTENIDO

POR

ALFONSO KARR.

Publicada bajo la
direccion de
D. A. F. de los Rios.

Una obra en to-
mo en 8.º en cada
entrega.
1 real cada una en
Madrid, y 1 y me-
dio en provincias
franca de porte.

I.

Pasamos la primera mitad de la vida soñando con la segunda, y la segunda llorando por la primera.

A la orilla del Rhin, en el pueblecito de Ober-Wesel, vivia un hombre sumamente rico, llamado Conrado Krumpholtz. Aunque solo tenia treinta años, poco mas ó menos, aparentaba cincuenta, y no porque hubiese sido borrascosa su vida, sino porque se habia fastidiado mucho, y aun seguia fastidiándose.

Cuando nuestra historia comienza, apenas hacia una semana que el baron Conrado poseia la granja de Ober-Wesel. Digamos con todo el laconismo posible, la ocasion de que se estableciera en la inaccesible y solitaria cerania de la roca de Loreley.

Nacido el baron de una familia pobre, y pobre él mismo durante mucho tiempo, gracias á algunos favores de la fortuna, y quizás al superior talento que en general se le atribuia, alcanzó en la corte del príncipe de... privanza y honrosos cargos diplomáticos, que le valieron una reputacion envidiable y un caudal de cada vez en



El baron Conrado.

Un dia, era en el mes de marzo, un dia envié una mujer á Conrado un bolsillo bordado por ella misma, en conmemoracion de su cumpleaños. El baron creyó deber de pagarle este obsequio con un aderezo de rubies, cuya belleza y engarce habian sido alabados delante de él con extremo por la dama. Pero el artista habia vendido la joya, y solo pudo proporcionarle al baron otra muy semejante, con lo que la dama quedó complacida á medias, y Conrado de un humor negro como la pez.

II.

Justamente aquel mismo dia estaba el cielo nebuloso, Atanasio habia dejado quemar el chocolate, y el baron tenia jaqueca.

Hallábase, pues, en esa situacion fisica y moral en que estamos malos sin tener mal alguno, en que sufrimos vagamente dolores horribles é intolerables, cuyo nombre nos es desconocido; uno de esos momentos en que luchamos con un enemigo tanto mas invencible, cuanto que no tiene flanco por donde le atacemos. En ta-

les momentos dariamos diez años de vida por tener una ocasion real de melancolia, que tanto pesa sobre el alma ese fastidio, semejante al

imperio que ejercen sobre la organizacion física, las nubes de verano preñadas de electricidad.

Atanasio hubiera podido hacer á su amo un verdadero servicio, dándole un pretexto para arrojarle por la ventana, lo que no le hubiera costado mucho á Conrado; pero á decir verdad, esto fuera exigir mucho de un criado servicial.

Mil y mil medios revolvió el baron en su mente para librarse de la cruel enfermedad, y todos le parecieron insulsos sobre gastados. Nada se imaginó mejor, para matar el tiempo, que irritarse contra la dama á quien habia regalado. De esto á maldecir de las mujeres en general, no habia mas que un paso: el baron dió dos: las calumnió.

—¡Der teüfel!—dijo:—cuántos dias he desperdiciado con las mujeres!

Despues, cansado de lamentar el tiempo que habia perdido de esta manera, vino á deducir que era la mejor de emplearlo, y que quizás el verdadero tiempo perdido era el que habia empleado de otra.

Durante estas reflexiones habia el baron tenido la pierna derecha sobre la izquierda. De repente cambió de postura, y acercando su sillón á la chimenea, arregló con escrupulosidad los tizones, como aquel que asaltado de una idea agradable, se reconcentra y se abstrae para entregarse á ella completamente.

—Y en verdad—añadió—que si he tenido en el mundo momentos felices, á las mujeres los debo.

Con esto llamó á Atanasio, é hizo que le trajera unos grandes y empolvados legajos, cuya encuadernacion humilde contrastaba con el rico mueblaje del gabinete.

—Apuesto—dijo cuando se vió solo—que en toda mi vida no he tenido un dia como este.

Fue hojeando uno por uno los cuadernos, y entre garabatos mas ó menos confusos, y páginas mas ó menos inteligibles, buscó aquella de fecha igual á la del dia en que se encontraba.

15 de marzo.

Esta mañana he dado una caída tan grande que cojeo un poco, y me he destrozado ademas el pantalon verde. Al saberlo mi madre ha dicho:—y era nuevo el pantalon!

Por unos versos que he escrito contra un catedrático, me castigan on encerrarme hasta el jueves. ¿Cuándo saldré de las malditas aulas? ¡Todavía tengo que estudiar un año esta fria retórica de mis pecados, sin contar que el jueves tenemos preparada una merienda con excelente kus-flaten.

El baron sonriéndose tomó otro manuscrito.

15 de marzo.

Nada.

Tomó otro.

15 de marzo.

—¡Puf!—dijo el baron sonriendo:—yo era un D. Quijote hecho y derecho. Nadie me ha ganado en esto de velar por el honor de las mujeres.

Pero esta frase, comenzada con una sonrisa, acabó imperceptiblemente. Sus ideas tomaban otro giro, y suspiró hondamente.

Despues pasó á otro cuaderno.

15 de marzo.

No sé qué hacerme. Mi sastre no me quiere vestir de fiado, y debo ir el jueves al baile del embajador de Francia.

Dejó caer Conrado el manuscrito, y asiendo de las tenazas se puso á arreglar el fuego, que estaba bien arreglado, como para no convencerse del todo, de que le absorbía completamente la lectura de aquellos renglones escritos en una época olvidada.

—Mas dichoso era yo con mi margarita—dijo para sus adentros, —que esa necia mujer con mis rubies. Al hojejar estos papeles me parece que aspiro todavía el aroma de los albaricoques en flor de la casa de Blanca.

—¿Y Blanca? ¿y la niña Blanca? Su nombre hace palpitar mi corazón, y siéntome al leerlo con nueva vida. Estoy impaciente como si tuviera veinte años y Blanca me aguardase.

Permaneció un breve espacio con la frente apoyada en el mármol de la chimenea, y luego para desechar los recuerdos melancólicos y dulces que le asaltaban, se levantó bruscamente y tirando del cordón de la campanilla, exclamó:

—¡Atanasio! el coche antes de diez minutos.

III.

Como se necesitan mas de diez minutos para enganchar un carriage, sobre todo de sopeton, y cuando se engancha de prisa, Conrado tuvo el placer de enojarse un tanto cuanto con su cochero y con sus caballos.

Servido que fue, salió á la calle; pero al preguntarle Atanasio adonde iba, despues de cerrada la portezuela, miróle el baron como asombrado, vaciló un poco, y añadió bruscamente:

—A ninguna parte. Que desenganchen. No salgo; pero no estoy en casa para nadie.

Volvió á su gabinete y echando leña al fuego por sí mismo, se caló la bata, y tornó á los cuadernos, entresacando los que contenian notas, los cuales hacia mucho tiempo que ni miraba siquiera.

IV.

NOTAS.

15 de junio.

Ayer me ha obligado mi madre á ponerme una corbata, y hoy á acompañarla con dos amigas á paseo al castillo viejo. Mucho me gusta ir al castillo viejo: no hay para mí sitio mas hermoso en Rüdeshain. Desde la plataforma, cubierta de rosales floridos, se goza de un magnífico punto de vista. Allí el Rhin con sus verdes orillas, con sus viñas llenas de pámpanos, y con sus áridas rocas... es un espectáculo de que gozo desde mi infancia, y que no me causa nunca.

Sin embargo, no quiero ir á paseo. Hoy es domingo y habrá mucha gente. Yo no estoy bien vestido, yo no me parezco á los jóvenes que se van á pasear allí, y cuyas miradas buscan todas las mujeres. No hay uno á quien no deseen parecer hermosas, uno en quien no hayan pensado esta mañana al arreglar su tocado y al elegir su aderezo.

A mí solo, á mí, extranjero en ese mundo, nadie me busca, nadie me evita. Entre esas jóvenes lindas no hay una que lleve lazos de cierto color, porque me place á mí, y entre las que llevan sus cabellos en *bandeaux*, ni una siquiera sabe cuanto me agrada á mí ese peinado, cuánto mas hechicera me parece con él. Si lo supiesen, mañana se peinarían todas así.

No iré al castillo viejo. Mi madre y sus amigas se marchan dentro de dos horas... tendré que esconderme. ¿A dónde ir? Solo en la soledad se recrea mi ánimo afligido, mi corazón destrozado.—¡Destrozado! ¿por qué?

No sé por qué, pero sufro. Todo me enoja. En esta divina estacion todo rie. Los bosques estan verdes y sombríos, los sotos llenos de retama, y á la orilla de los rios los irides mecen sus flores amarillas, mientras el alcon, recto y rápido como la flecha, viene á ocultar entre el follage su brillante pluma que al cazador le descubre. Yo solo estoy triste. El sol quema mi frente, sin alegrar mi alma. En medio de este universal regocijo, yo tengo ganas de llorar y todo el mundo me dá enojos.

No iré al castillo viejo. Iré á vagar solo por las orillas del Rhin, hasta que la noche se estienda por Rüdeshain.

16 de junio.

Al ponerse el sol ayer, ¡cuán bello estaba! ¡Melancolía y silencio por do quiera! pero esta tristeza misma ¿no simpatizaba con la de mi corazón? Fastidio á los demas, me fastidio á mí mismo, como una nota dada en falso en la armonía de un concierto.

La naturaleza estaba muda. La hojarasca que el rio deposita en la arena de su orilla murmuraba tambien con mas tibieza; y hasta el viento no hacia temblar las hojas.

A la puesta del sol la naturaleza parecia una mujer que se duerme con la sonrisa en los labios, porque deja á un amante querido, y está segura de volverlo á ver por la mañana, tan hermoso y tan tierno como siempre. Esto es tristeza; pero la tristeza del recuerdo y de la esperanza. ¡Maldicion! no es así la mía.

Cuando el último rayo de sol ha desaparecido de la roca mas puntiaguada, he vuelto á casa paso entre paso, por el castillo viejo. Un ligero viento del este refrescaba y dulcificaba el ambiente tibio.

La yerba conservaba aun la huella de los piés de las mujeres que habian paseado allí. Parecíame que el aire conservaba tambien algo de ellas, y lo aspiré con frenesí, porque habia jugueteado con sus cabellos y con la gasa de sus adornos.

Mi cabeza ardía... me acosté sobre la yerba y eché á llorar. A la vuelta mi madre me ha dicho mil improperios. Me han exasperado, no porque me cojan de nuevas, sino porque contrastaban horriblemente con la dulce música que yo en mi imaginacion oía. Entre la yerba me habia encontrado un ramillete de acianos, que guardé como una alhaja, y tenia el ánimo preocupado con la mujer que lo perdió.

¡Qué rara locura! Mis emociones de toda la tarde y el místico silencio de la noche la ocasionaban. Hoy todo pasó. ¿Quién sabe?

19 de junio.

De fijo aquella mujer es rubia. Una morena no llevaria flores azules.

20 de junio.

He dormido mal. He visto en sueños una joven con una corona de acianos. Al despertar he sentido la misma emocion que se siente en los hermosos dias de invierno, cuando vela una nubecilla los dulces rayos del sol. Cerré los ojos, pero ni pude volver á dormir, ni á verla.

21 de junio.

Ayer por la noche me dijo al entrar mi madre, con tono seco é imperioso:

—No quiero que salgas por las noches, ni al campo ni á la calle.
 ¿Por qué privarme de mi libertad? es mi único bien. ¿Puede ella quitármelo?—No, no. Quiero ser libre como el aire. Si llego á tener un oficio para ganar mi vida, abandonaré á mi madre.

Así como así, su amor mas que otra cosa parece vanidad por mis adelantos estudiantiles, pues cuando me espulsaron há un año de la universidad por mi querrela con el catedrático de marras, en vez de consolarme por tal contratiempo, me lo reprendió agriamente.

Recuerdo bien el lance que ocasionó mi salida del colegio. Hice no sé que jugarreta al catedrático, y el rector me condenó á pedirle perdón. Recuerdo bien la hora que elegí. Era de noche, y helaba atrocemente. Me levanto, voy al patio, y llamo á voces á mi pedagogo. Despues de pensarlo mucho se asomó á la ventana.

—Mr. Sieber—le dije—hacedme el favor de bajar pronto, pronto.

—¿Para qué?

El pobre bajó en camisa y tiritando.

—Mr. Sieber—le dije—perdonadme la desobediencia del otro dia.
 24 de junio.

Ayer al salir de casa me dijo una amiga de mi madre:

—Traednos acianos.

Pero yo al volver le dije que se me habia olvidado el encargo.

26 de junio.

Admirable estaba ayer el cielo. En un fondo de azul mate se estendian inmensas nubes negras y rojizas, que parecian colgadas de las puntas de las rocas. Entre ellas brillaba la luna creciente, fina como un cabello, y blanca toda. A medida que palidecia, el cielo, de azul se iba poniendo oscuro, y la púrpura se enrojecia hasta disiparse. Ligeras y casi imperceptibles nubes flotaban aquí y allá.

30 de junio.

He prometido á mi madre acompañarla á visitar á una de sus amigas. Hice mal, porque voy á fastidiarme, y á parecer cazurro y mal educado. Culpa mia es, lo conozco, que me acojan mal en las partes á donde voy. Sin embargo es inesplicable cuanto me esfuerzo á parecer todo lo contrario de lo que soy.

Hará cosa de quince dias, volviendo del castillo viejo, hallé á una mujer que con mucho trabajo conducia un haz que yo con una sola mano hubiera podido traer. Mi primera idea fué ayudarla; pero me contuvo el temor del ridiculo, y desde lo alto de la calle empecé á tener remordimientos.

¡Imbécil! ¡el ridiculo!... ¿Quién osaria reirse de verme prestar ayuda á una pobre mujer? Y aunque lo rieran, ¿qué me importaria?

Para hablar y para obrar seguiré desde aquí en adelante mi primera impresion, sin dárseme un bledo de la opinion de las gentes. He conocido que cuando deo ver mi corazon ó mi inteligencia, inspiro interés y atencion. Con que es preciso que desde ahora hable como siento, y seguro estoy de ser elocuente.

1.º de julio.—Miércoles:

Son las dos de la mañana: no puedo dormir: quisiera andar, correr; ¿pero á dónde voy? Mi sangre circula con horrible rapidez, y me abrasa el pecho una llama que me produce á la par sensaciones voluptuosas. No sé lo que tengo. Voy á escribir: así recobraré la calma.

Anoche no cumplí la palabra empeñada conmigo mismo. Bailaron, y yo tambien, pero embarazado y muy mal.

Habia junto á mi en el alfeizar de una ventana una jóven vestida de blanco: ¡tan bella! ¡tan bella!... Solo á ella he podido mirar en toda la noche. Es tan jóven, que mas bien parece una niña, y no debe de tener amante. ¡Pero es tan bella! ¡tan dulce! ¡le sienta tan bien el vestido blanco!...

2 de julio.—Jueves.

Se llama Blanca.

3 de julio.

Hace quince dias que es vecina nuestra. En este tiempo, siempre que mi madre ha salido á paseo, la ha acompañado. Lo otra noche, anoche que me acosté desesperado en la yerba, junto al castillo viejo, ella habia pasado por allí. Quizás no sea suyo el ramo de acianos, porque tiene los cabellos negros. Lo tiraré.

4 de julio.

Estaba yo ayer leyendo en el jardin, es decir, dejando vagar mis ojos por un libro, cuando llegó ella. Me levanté y al saludarla conocí que me ruborizaba. Intenté decirle algo, para no parecerla un salvaje, pues de mí sé decir que sin hablar, solo con verla, solo con estar á su lado, me contentaba.

Al verme pensativo tomó ella la palabra.

—Mi tia queda con vuestra madre, y me han dicho que venga al jardin á cojer un ramo de flores.

Hubo un largo momento de silencio. Creí que debia interrumpirlo; pero al hablar me faltaba el aliento, mas que si acabase de subir á una roca muy alta. Dije por fin:

—Pica el sol.

Blanca probablemente estaba tan convencida de lo mismo, que ni tuvo á bien negarlo ni afirmarlo. Callóse, pues, y volvió á dejar á mi cargo la plática.

Quise hacer del atrevido, y le dije:

—¿Un dia que mi madre fué á pasear al castillo viejo, ibais vos con ella?

—Sí—respondió Blanca.

—Tambien hacia calor entonces—añadí yo.

Sin duda por la misma razon que antes habia tenido para no contestarme, tampoco me contestó Blanca ahora.

—¿Habiais pasado otras veces por allí?—le dije.

—No,—respondió ella.

Yo estaba desesperado por no poder dirigir la conversacion de tal manera que obligase á Blanca á desterrar sus monosílabos; pues con ellos me dejaba encargado de sostener una plática, tanto mas difícil, cuanto que lo que yo le queria decir era justamente aquello que no le podia decir.

Pero de repente ella me sacó del atolladero diciéndome:

—No he vistorosas tan lindas como las de la plataforma de la torre.

—Ni tan aromáticas—añadí yo.

—Ni tan grandes—repuso ella.

—Y sin embargo—preseguí yo—los pintores dan en la pretension ridicula de embellecer la naturaleza, cuando es tan bella, tan rica, tan prodigiosa. Todas las flores que yo he visto pintadas, aun las de los grandes maestros, son menos esbeltas que las de los campos.

Conoci que Blanca era lega en esto de grandes pintores y de sus cuadros;—y le dije por hablar en otra cosa:

—Cuando vos fuisteis al castillo viejo, yo tambien fui; pero por la noche...

Al abrir la boca mi intento era decirle:—me encontré un ramillete de acianos—pero no me atreví, y le dije solamente:—volví muy tarde del paseo.

Blanca creyó sin duda que el misterio que yo le confiaba merecia otro misterio, y respondió:

—Nosotras volvimos á las ocho.

No se puede negar que nuestra conversacion era bien inocente, bien sencilla, y sin embargo, cuando oí el ruido que hacian entre el follaje mi madre y la tia de Blanca, me puse colorado, y no supe decir una palabra mas. Creíame culpable de todo lo que pensé en mis adentros.

Mi madre me dijo secamente:

—Yo no sospeché que estabais aquí.

Apresuréme á darle mil razones á cual mas sin razon para motivar mi presencia. Nunca he estado tan torpe.

Blanca debe de creerme tonto. No la volveré á ver.

5 de julio.

Tenia yo en la mano el ramillete, y cuando ella se acercó á mí lo arrojé entre la maleza; pero no pude impedir que lo reparara.

—Es—dije—un ramo de acianos... que me encontré... junto al castillo viejo...—añadí en voz mas baja;—y despues proseguí casi ininteligiblemente:—el dia que vos fuisteis allá con mi madre...

—¿Es singular!—dijo Blanca.

—¿El qué?—esclamé yo.

—¿Es singular!—repitió ella.

Y despues de un momento de silencio:

—Ese dia arrojé desde la plataforma un ramo de acianos que troqué á otro de rosas.

—¿Es singular!—dije yo á mi vez,

—Sí,—dijo ella;—que vos recogierais el ramillete.

—No—añadí yo—que gasteis flores azules teniendo cabellos negros. Lo azul y lo negro casan mal.

—¡Oh!—dijo ella,—á mí me importa poco del color de las flores, porque las amo todas. Ademas—añadió—lo azul no me sienta muy mal, y estoy disgustado por no llevar hoy nada azul.

Yo tenia puesta una corbata azul; se la ofrecí y se la puso al cuello. Con efecto es tan blanca que el azul le cae á las mil maravillas.

6 de julio.

Mi madre queria teñir de blanco la corbata azul, y yo se la quité enfurecido, con lo que se puso Dios sabe cómo. Corria como loca por la habitacion llenándome de improperios, me auguró que tendria mal fin, me llamó necio, delirante, ingrato, mal corazon; y por último, dudosa como si la palabra fuese mas terrible que mi fechoria, acabó por llamarme... original.

—Me voy.

—¡Bah! una sonrisa de Blanca me hará olvidar esto.

8 de julio.

Anteayer hice unos versos... así cantan ciertos pájaros durante la tormenta.

Como una flor te veia,
 cuyo tallo virginal
 teme el silbo de los vientos
 oir en torno zumbar.
 Tambien yo temo, alma mia,
 que la pasion sin igual
 que mis sentidos exalta,
 llegue tu oido á manchar.

¡Insensato! los halagos
del cefirillo galan,
las lágrimas que la aurora
desde su trono le dá,
á la flor que se entreabre
embellecen mas y mas.
Flor, á los besos del céfiro
abre tu alma, abrelá!

V.

—¡Puff!—dijo Conrado.—Tenia razon mi madre. Yo he de tener mal fin.

VI.

NOTAS.

8 de julio.

He roto los versos porque no son buenos. Quizás ha sido este un pretesto que mi timidez alegó para no presentárselos á Blanca.

Esta mañana tuve con mi madre una escena horrible. Me reprendió porque pensaba mucho en Blanca, y al hablar de ella la ha llamado niña! ¡Niña!... Me encolericé y huf de casa.

Por la tarde acompañé á mi madre á una casa que frecuenta mucho la tia de Blanca. Me estuve vistiendo con pulcritud, y no me disgusté á mí mismo; pero al entrar lo primero que oí decir fue:

—Esta tarde no viene madama Vurtz.

De buena gana hubiera echado á correr, y lo único que pude fue contar una y mil veces las horas malditas que allí tenia que pasar.

De repente entraron Blanca y su tia. Las ocupaciones que en casa las detenian acabaron á tiempo. Mi corazon palpitaba con violencia.

Entre Blanca y yo estaba sentada mi madre, y delante de ella no me atrevia á cambiar de silla; pero por acaso, ó quien sabe por qué, Blanca ofreció á mi madre su sitio que estaba mas inmediato á su tia, y nos encontramos juntos. Sin embargo, mi madre, con pretesto de que tenia que decirme no se qué cosa, me llamó, y me hizo sentar á su lado, junto á madama Vurtz.

13 de julio.

Esta mañana ha venido madama Vurtz, sin Blanca. Encerráronse mi madre y ella, y yo escuché por la cerradura.

—Os escribí—decia mi madre—porque tengo que hablarlos de cosas serias. Se trata de vuestra sobrina y de mi hijo.

Están enamorados.

—Señora—dijo la tia de Blanca—es posible que vuestro hijo esté enamorado de mi sobrina; pero hacéme el favor de tener en cuenta que la educacion de Blanca la hará no olvidar de los deberes de nuestro sexo.

—Señora—añadió mi madre—no lo digo yo por tanto, sino porque interesa á vuestra sobrina y al hijo que he criado á mis pechos.

En seguida se separaron murmurando la una de la otra.

¡Maldicion! ¿Qué le he hecho yo á mi madre? Si me impide ver á Blanca, me mataré. Aunque mi madre se hubiese sacrificado por mí, ¿tendría derecho para robarme mi esperanza y mis ilusiones?

¡Y dice que me ha criado á sus pechos, cuando me crió una cabra!..

16 de julio.

Nada de particular.

18 de julio.

¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué va á ser de mí? Madama Vurtz nos ha dicho hoy que Blanca se marcha dentro de cinco dias. Pretestan que su madre la envia á llamar; pero la mia, mi madre, es la que tiene la culpa. Iré adonde vaya, la seguiré. Tengo la cabeza trastornada, y no sé que partido tomar. ¡Oh! si pudiese verla hoy, cobraría valor, le diria que la adoro, que solo vivó por ella, que en ella cifro mis gozos y mis esperanzas.

19 de julio.

He escrito á madama Vurtz confesándole mi amor, y pidiéndole su sobrina en casamiento para dentro de dos años. Entonces ya tendré un oficio. ¡Voy á ser tan enérgico! ¡tan activo! Allegaré riquezas, y podré aspirar á Blanca.

No me ha contestado. ¡Madre mia! ¡madre mia! ¡qué daño me estás haciendo!

25 de julio.

¡Ha partido! En torno mio todo está desierto y melancólico. Hace dos dias que no hablo siquiera con mi madre. Ayer, despues que Blanca se marchó, corrí á todos los lugares en donde la habia visto. ¡Ay de mí! cuando yo tanto lloro, la naturaleza está alegre y el sol deslumbrador: este contraste me ha entristecido mas que si hubiera visto una tumba. A Dios, Blanca mia, ¡mi alma, mi ser! Pronto nos volveremos á ver... Yo iré tambien á Ober-Wesel,

Te he perdido, sin apretar tu mano... Me hubiera parecido un sacrilegio ver en tus mejillas virginales los colores del rubor.

VII.

—¡Puff! dijo Conrado:—tenia razon mi madre. Yo he de tener mal fin.

VIII.

NOTAS.

18 de enero.

Ober-Wesel.

Dos somos los secretarios de Mr. Bernhard. Luis es un buen muchacho, de regular talento, pero muy engreido con su imperceptible mérito y de su figura.

Cerca de una semana hace que estoy en Ober-Wesel, y aun no he podido saber donde vive Blanca. Verdaderamente he conseguido un triunfo entrando á servir á Mr. Bernhard. Tengo cuatrocientos florines de sueldo, y además la comida, sin contar con que me ha ofrecido aumentos para en adelante. Si llegase yo á ganar ochocientos florines, tendria una casita á las orillas del Rhin, casita que embelleceria la presencia de Blanca.

Para esto es preciso trabajar.

19 de enero.

Ayer salí un momento, pero no pude dar con la casa de Blanca.

23 de enero.

Luis tiene una querida hechicera. Con esta van ya cuatro veces que me suplica la acompañe por la noche. Me tienen pasmado los aires de superior que Luis se da conmigo. Sin duda cree imposible que yo pueda agradar á su querida, y toma conmigo un tono de enfadosa proteccion...

Tengo un proyecto...

24 de enero.

Que empalagoso se pone Luis, cuando hablando de Adela, me dice: ¡Cuanto me adora! ¡Qué linda es!

26 de enero.

Ayer por la noche, al acompañarla, le apreté la mano muchas veces, sin que ella la retirase. Al separarnos, le dije:

—¿Por qué no nos abrazamos?

—¿Qué bienes nos vendrian con esa gracia?—respondió ella.

—A mí un gran placer—repuse yo.

—Entonces, abracémonos.

Y me presentó su fresca mejilla.

Sin que yo pueda explicar cómo, ni si la culpa fue solo mia, aquel beso fue de tal manera dado y recibido, que nuestras dos bocas se tocaban...

Adela temblaba como la hoja en el árbol.

30 de enero.

Me he lastimado un brazo, y no voy á la oficina por algunos dias.

Ayer vino Luis á verme con Adela, y los acompañé á su regreso. Ni una ocasion habia podido lograr para decir á Adela que hoy la espero en mi casa. Dábale yo el brazo, y Luis caminaba á mi lado: y en un intervalo de silencio dije en voz bien alta:

—Te espero mañana—y al mismo tiempo apretaba el brazo de Adela.

Como no dije mas, Luis creyó que me dirigia á él.

Despues que dejamos á Adela en su casa, dije á Luis:

—He pensado otra cosa: no vengas mañana.

No se si Adela me comprenderia, puesto que me parece respondió á la indicacion de mi brazo.

A las dos. Mientras yo escribo, Luis fuma su pipa á la ventana. Casualmente pasó por la calle, y le vino en mientes preguntar si estaba yo en casa. Pronto se marchará. Tengo grandes motivos para creer que Adela vendrá á las cuatro y media. ¡Si no viniese!...

Ayer, sin embargo, cuando nos separamos, ella esquivó mis miradas. Quizás me habia comprendido, y temió poner sospechas en Luis. Decididamente, me ha comprendido... á no ser que haya comprendido todo lo contrario, es decir, que lo que dije á Luis en su presencia, se entendia con ella, para que no viniese hoy.

Son las tres. Así como se acerca la hora, voy perdiendo la esperanza de verla.

A las cinco. Luis ha marchado, y acabo de pasar este diálogo con la portera.

La portera. Una señora ha estado llamando mucho tiempo.

Yo. ¿Qué señas tenia esa señora?

La portera. Tanto no podré decirlos,

Yo. ¿Es gruesa?

La portera. No, de unas carnes regulares.
Yo. ¿Alta?
La portera. No, de vuestra estatura, poco mas ó menos.
Yo. Bien.—¿Es vieja?
La portera. No.
Yo. ¿Es jóven?
La portera. No reparé tanto... como una tiene sus quehaceres á que atender...
Yo. ¿Y qué ha dicho?
La portera. Nada.
Yo. ¿Ni su nombre siquiera?
La portera. Ni su nombre.

Si como dice la portera, han llamado á mi puerta, positivamente no hemos oído. Una de dos: ó estábamos á la ventana, ó no estábamos. Si estábamos, yo hubiera visto á esa persona, porque miraba atentamente á la calle. Si no estábamos, hubiéramos oído llamar. Puesto que á nadie hemos visto, se deduce que no estábamos á la ventana, en cuyo caso no han llamado á la puerta, puesto que no hemos oído los golpes.

Ademas, la portera dijo á la que me buscaba, que habia otro hombre conmigo en mi cuarto. Escucharía, y conociendo la voz de Luis, volvería á bajar sin llamar.

Otra suposición: Luis y ella se hubieran encontrado en la calle.

Acaso volverá. Conozco que tengo poca paciencia.

Ya encienden las luces de las tiendas; ya los transeuntes parecen sombras descoloridas.—Voy á acostarme. Corro al encuentro del día de mañana. ¿Quién sabe lo que me traerá?... pues... ¿quién lo sabe?

Esperaba hoy un placer que no he gozado, quizás gozaré mañana uno inesperado, ó me sucederá algo triste, ó no me sucederá nada, que es lo peor.

Puesto que estoy solo, me deseo á mi mismo buenas noches.

¿Que cosa tan estrafalaria es desear á uno buena noche precisamente cuando la tarde ha pasado ya, es decir, cuando nuestros buenos deseos no conducen á nada, aun suponiendo que los buenos deseos hayan conducido á algo alguna vez!—Muchos castillos en el aire he fabricado para disculpar á Adela, y sin embargo alguna disculpa me dejé en el tintero, pues apostaría cualquier cosa á que no he dado con la verdadera.

2 de febrero.

Ayer vino á verme Adela, pero ya me importa poco, porque sé donde vive Blanca. Su familia se compone de labradores. Esto no lo habia dicho madama Vurtz. Para mi amor es igual.

Sin embargo, nuestra primera entrevista ha sido embarazosa. Yo no la podia decir:

—El ser quien sois no me impide amaros.

Y ella ignoraba el efecto que haria en mí la situacion de su familia.

10 de febrero.

Debía de darme Blanca ayer contestacion á una carta mia, que por cierto me costó harto trabajo hacérsela recibir. A las once se abrió su ventana, y cayó al suelo una cosa, sin duda un billete. Púseme á buscarlo, casi de rodillas, cuando oí que me decian:

—Os voy á romper el alma.

—¿Por qué?—dije yo incorporándome.

—¿Seguís á alguien la pista?

—Curioso andáis.

—Hace un cuarto de hora que me venís siguiendo.

—Ni siquiera habia reparado en vos; pero si pensabais romperme el alma ireis armado, en cuyo caso no debeis de tener miedo de mí.

—Yo no tengo miedo.

—¡Ea! pasad—le dije, cediéndole espacio.

Despues que pasó, me dijo:

—Cuenta que os pueden tener por ladron, si os ven tan tarde por la villa.

—¿Qué imbécil me pareceis!—le respondí.

Con esto murmurando fuese, sin duda á contar que asaltado por unos rateros, solo á su valor y presencia de ánimo debió el escapar libre de sus uñas.

15 de marzo.

Por ser día de mi cumpleaños, mi linda Blanca me ha dado la primera margarita que ha florecido este año. Por la noche, como yo la contemplaba estático pensando en Blanca y figurándome que de su corola casi seca, aspiraba el aliento de ella, Mr. Bernhard me ha preguntado bruscamente que hacia. Conoci que me avergonzaba, y oculté mi tesoro sin responderle. ¿Quién sabe á qué atribuirá Mr. Bernhard mi embarazo y mi silencio? Pero sea lo que sea, ni él ni nadie sabrán nunca la verdadera causa. Preferiría mil veces perder mi destino, que es mi subsistencia, á que Blanca ande en lenguas de las gentes. Si yo supiera que alguien pensaba tal cosa en el mundo, le ahogaría entre mis brazos.

17 de marzo.

No puedo ver á Blanca, porque no la dejan salir á causa del frio que reina siempre cuando florece la ojiaçanta.

3 de abril.

Hoy es día de Pascua. Los prados están ya verdes. Ya cantan los pajarillos en la enramada. Los sáuces de las orillas del Rhin, llenos de flores de vario color, se ven coronados de abejas que en su torno revolotean; y los albaricoqueros gozan del mismo bien.

Un zángano pasa junto á mí, y se posa en una flor blanca. Con desprecio le mira el hombre, y sin embargo, ¡cuánto mas dichoso no es su destino! Le alimentan los cálices de las flores, y no consume su vida ganando la vida. La poca ó mucha belleza que debe al Criador, le basta á parecer bello á los ojos de su amada. Mas dichoso es que el hombre, pues concretándome á mí solo, hoy me trae preocupado el pensar cómo compraré un sombrero nuevo.

25 de abril.

Pasábamos ayer juntos detrás de un avellano, cuyo follaje atravesabandese Occidente los últimos rayos del sol, tiñendo el rostro de Blanca de sonrosado purpúreo. Le apreté la mano, pero se puso á temblar de tal manera que no me atreví á pasar adelante.

1.º de mayo.

¡Qué bonita es la casa que vimos ayer! está situada en el pico de una roca, y tiene á la espalda un bosque de árboles copudos y verdes.

¡Qué felices viviríamos allí! El sol acaricia amorosamente el techo de paja en que florecen los írides.

Cojí para Blanca un ramo de espino blanco, y me destrocé toda la mano. Sentámonos en el musgo, y nos pusimos á hacer castillos en el aire. Pero al menor ruido del viento entrelas hojas nos asustábamos. ¡Qué medrosa es la felicidad! bien que todo el mundo es su enemigo. ¡O Blanca mia! ¡Ocultemos la nuestra entre el follaje! Seamos dichosos, sin que nadie nos vea, porque la desgracia no duerme y nos espía.

5 de mayo.

¡Si yo fuera rico y poderoso para mi Blanca!... Pero ¿qué le podrian ofrecer los Príncipes y los Reyes de mas valía que mi amor?

IX.

Detúvose el baron, y luego fué hojear al azar otros cuadernos que le recordaron el principio de su fortuna y de su elevacion. No habia querido casarse con Blanca, y ella se habia negado á ser su querida. A esto seguian tres páginas sobre la virtud de la jóven, páginas escritas con tal énfasis que arrancaron al baron una sonrisa... Despues... despues la habia olvidado.

X.

—En la actualidad, dijo el baron, poseo todo lo que ambicionaba en mi juventud: oro, honores, poder... y sin embargo, me aburro. He perdido, irrevocablemente perdido, una cosa que no tiene nombre, una especie de predisposicion á la felicidad, que ya no siento en mí, de tal manera que yo, el hombre, ocasion para tantas gentes de envidia, yo, no he gozado momentos tan felices, placeres tan puros é inefables, como los que me acaba de procurar el palpitante recuerdo de mis pasados dolores. ¡Oh hermosa edad! añadió suspirando:—¡Edad en que son poéticas las angustias mas crueles, edad en que son voluptuosos los mas horribles sufrimientos, edad, en fin, cuyo recuerdo me arranca lágrimas todavía!

¿A dónde están aquellos sencillos goces de mi pasada vida? ¿Aquellos goces cuya fuente y origen era mi propia alma? ¿Aquellos goces que me ocasionaba el correr tras las mariposas por la verde pradera?

Y andando el tiempo, ¿aquella amarga voluptuosidad de los primeras sensaciones del amor, aquella estacion de la vida, en que el alma comola lila en mayo, cria flores que exhalan una atmósfera impregnada de ventura?

¡Oh! entonces yo era rico con el sol, rico con la yerba que me servia de almohada, á las orillas del Rhin, entre los sáuces llorones; rico con el aire que aspiraba embebecido.... mi alma y mi cuerpo se mezclaban, se confundian con la celeste armonía de la naturaleza, que ahora contemplo como frio espectador.

Mas grande y mas noble me sentia yo á la sazón, y mi alma mas altiva, mas elevada. Ahora, ¿qué soy yo? ¿Qué hago?... ¿A dónde voy? He gastado mi existencia, he despilarrado mi salud para ser rico, para poder rodearme de todas las maravillas del lujo.

¡Pero entre estos tapices carmesies que adornan mis paredes, he gozado yo alguna vez los instantes de dichosa embriaguez que gozaba á la sombra de las verdes cortinas del follaje de los manzanos? Los sueños de mi colchon de plumas ¿son comparables á los que dormia sobre el musgo? ¿Me place tanto andar sobre estos tapices como sobre la yerba sembrada de margaritas blancas?

¡Ay de mí! Con el musgo perdí mi felicidad, y con mi vestido de estudiante, ¿A dónde fué aquel perfume que yo exalaba, y que ya se ha disipado? Mi vida necesita de un objeto, y ¿qué objeto tengo yo

Soy demasiado rico, demasiado poderoso, y por ende envidiado. Tengo tantos amigos y tantos enemigos como se necesitan para poder vivir. Nada me resta que hacer.

Permaneció Conrado algun instantes absorto, y despues prosiguió, hojeando los cuadernos que ya habia leído:

—No, no, no me atormentaré ya por allegar cosas que no han de proporcionarme la dicha.

—No, no, prosiguió, hace mucho tiempo que no gozo tanto como al releer estas notas.

Mañana iré á evocar mis recuerdos, volveré á ver la roca de Loreley, y Ober-Wesel con sus altos campanarios, y el Rhin cuyas ondas arrastraban las barquillas con tanta rapidez; y aquel valle encantado, con su cinturón de rocas, cuyos ecos con tal frecuencia han repetido el nombre de Blanca. Subiré á la montaña en cuyos bosques vetustos el viento agita una sábana de verdura. Volveré á ver todo esto, y la casa de Blanca, y aquella en que comí el pan regado con mi sudor.

XI.

A la mañana siguiente Conrado anunció que estaria ausente todo el dia, y ni siquiera volvió á la noche.

Fuele imposible desprenderse de los lugares donde habia pasado su juventud y que tan dulces emociones le causaban. A cada nuevo recuerdo que le traía un árbol, una roca, un sitio cualquiera, entapizado de musgo, sentia en sus venas hervir la sangre con mas calor y rapidez, tanto que no pudo menos de esclamar:

—Mi vida en lo futuro está desnuda de encantos. Volvamos atrás. Vivamos de los recuerdos. Habitemos aquí.

Ya no existía la casa de Blanca, que otras se edificaron en aquel solar; pero lo que sí encontró intacto fué aquel valle coronado de rocas, donde tantas citas tuvo con Blanca. Llegó su locura hasta llamar á Blanca á gritos; mas solo los ecos le respondian, con lo que miró en torno suyo temeroso de que alguien le oyera, porque habia pasado de esa edad en que creemos que el mundo y la naturaleza toman parte en nuestras alegrías y en nuestros dolores, de esa edad en que ni por asomos creemos que aquello que nos es amado no le sea á todos amable; edad en que se vive en un mundo ficticio cuyo centro es nuestra alma.

Plúgole embarcarse en el Rhin, solo en una barca, y visitar aquellas rocas donde repiten sin tregua los marineros el nombre de Loreley, la hada del rio, y donde él repitió tantas veces el de Blanca. Pero aquella noche tenia el cuerpo y todos sus miembros doloridos... ya no era tan fuerte, tan vigoroso, como antaño. Le costaba inmensa dificultad el trepar la roca mas baja. Vinole en mientes coger una rama de espinó blanco, de aquella misma mata que un dia le destruyó las manos al coger otra rama para su querida, y se le resbaló un pié, y tembló al pensar cuán cerca estaba del abismo.

—Sin embargo—dijo—viviré aquí.

Paseándose una mañana á la orilla del rio, llegó á un punto desde donde se descubrian al primer golpe de vista todos los lugares de sus recuerdos. Atravesó el rio, y dos dias despues era dueño de una linda posesion, restos del castillo de Schöenberg.

XII.

Esta es la historia del vetusto castillo de Schöenberg.

En los siglos caballerescos habitábanlo siete hermanas de peregrina hermosura, tales que en el país les llamaban las condesas divinas.

Duques, barones, hijosdalgos y caballeros venian á admirarlas de las cuatro partes del mundo, y ardía su castillo en fiestas y torneos con que ellos demostraban su gentileza y en cuanto precio tenían sus miradas. De las damas se puede decir que solo atendian á divertirse y á encadenar á sus piés con artificiosos lazos á aquellos galanes que por agradecerlas se perecian. Como daban esperanzas á todos, cada uno en secreto se creía el preferido.

Pero esta situacion no podia durar mucho tiempo. Los caballeros vinieron á las manos, y hubo allí la de San Quintín. A la mañana siguiente las condesas habian desaparecido, y nadie las volvió á ver. Solamente á la orilla del Rhin, cerca de Ober-Wesel aparecieron por primera vez siete rocas, ora cubiertas, ora descubiertas por las aguas. Eran las siete condesas, convertidas en piedras por Loreley, la hada del rio.

Si pone el lector en duda esta tradicion, sepa que aun existen las siete rocas. Acaso no hay en el mundo una sola creencia mejor fundada.

XIII.

Cerrado el trato, conoció el baron que habia hecho una tontería. No debió verdaderamente de elegir para su habitacion aquel mismo lugar que le habia encantado, sino otro desde donde pudiera contemplarle á su sabor, es decir, la pelada roca que dominaba á Ober-Wesel.

Por algun tiempo prosiguió en sus correrías á las inmediaciones; pero vinieron los males físicos á advertirle de que habia mudado mas de lo que se imaginaba. Entonces se le ocurrió reunir en su propia casa, en el inmenso parque que tenia, todos los recuerdos de su pasado. Mandó construir la casa de Blanca, que tal como fué, la veía en su imaginacion, dirigió él mismo las obras, y hasta hizo que su jardinero cultivára delante de la puerta una alfombra de musgo igual á la que antes tenia. Tampoco puso en olvido que se sembrasen margaritas, ogiacantas y acianos, ni menos la alameda de avellanos donde se atrevió á estrechar la mano de Blanca. En cuanto á los *vergiss mein nicht* (no me olvides), ya puede inferir el lector que no los olvidaría.

XIV.

De seguro en esas mañanas de otoño en que es tan agradable el discurrir por los campos con la escopeta y el perro, de seguro le ha sucedido al lector una cosa que parece maravilla. Distinguese en lontananza un lago inmenso, lago que se aleja á medida que avanzamos, hasta que al llegar al punto que nuestra imaginacion le fija, conocemos que son los vapores exhalados de la tierra, puesto que si volvemos atrás la vista tambien nos parece un inmenso lago el sitio que acabamos de recorrer.

Así es la vida. ¡Como nos desespera el conocer que lo que hemos tenido por núcleo de nuestras ilusiones, de nuestros deseos, de nuestras fantasías, no existe, ó no es sino un vapor que la distancia reviste de formas halagüeñas! Pero como es preciso seguir adelante, porque la vida no se pára, llega a momento en que miramos atrás, y nos deslumbra igual prisma, y hasta el fin de nuestra carrera seguimos dirigiendo de vez en cuando tristes miradas de despedida á lo que creemos haber poseído.

El fué y el será son el símbolo de la vida: los deseos y los pesares.

Así no es extraño que con tal tenacidad nos apeguemos á los recuerdos. ¡Cuanta influencia no suelen ejercer sobre nuestra alma una cancion, insulsa quizás para todos, ciertos celages del horizonte, una flor que otros huellean indiferentes!

Esto explica al lector dos cosas. La manía de Conrado, y nuestro afán de recordar esas florecillas de color de cielo, que entre ramas de un verde sombrío, errecen á la orilla de los estanques y de los arroyos, bañándose en las ondas, y siguiendo las oscilaciones suaves de las brisas.

Ya hemos dicho en otra ocasion que los suizos llaman á esta flor yerba de las perlas, y los botánicos *myosotis scorpioides*. De estos dos nombres sin duda sale el que el pueblo les dá: (*vergiss mein nicht*.) no me olvides. Aunque perjudique al interés de nuestra historia, tenemos de contar una de las tradiciones mas interesantes que hemos oido.

En Maguncia hay un sepulcro. Ya han borrado su antiguo epitafio, con que está á disposicion del primero que se muera. Empero, como es humilde, como ninguna familia tendria orgullo en decir que le pertenece, la opinion general se lo adjudica á un pobre alemán músico y poeta, cuyo apellido ni siquiera ha conservado la tradicion.

Henreich se llamaba, y como sus versos, que no creemos hayan pasado á la posteridad, cantaban todos alabanzas á las mujeres y en particular á María, le llamaban Henreich Frauenlob, como si dijéramos, el poeta de las mujeres. Pobre y oscuro habia salido de Maguncia á buscar fortuna con su genio y sus cantares, dejando allí una jóven que soñaba con su vuelta, y que en las noches de tempestad despertaba en sobresalto para rogar á Dios por él.

A los tres años volvió rico y famoso. Ya de antemano habia oido María pronunciar su nombre con admiracion y elogio, y halagada de una confianza por demas noble y sencilla, figurábase que ni la admiracion ni el elogio enorgullecerian tanto á su amante como la primer mirada suya.

Al ver Henreich de lejos el humo de las casas de Maguncia, se detuvo conmovido, y sentándose en la verde yerba, cantó un romance sencillo y melancólico como la felicidad...

Poníase el sol del siguiente dia, cuando sonaban las campanas de Maguncia para anunciar el himeneo de los dos amantes que al amanecer se iba á celebrar. En aquella misma saxon se paseaban Henreich y María por las orillas del Rhin. Sentáronse juntos en la alfombra aljofarada, y pasaron largo rato mirándose y apretándose las manos, mudos los dos, porque las emociones de su alma no se podrían expresar en ningun idioma.

La franja de púrpura que el sol había dejado en el horizonte, íbase ya disipando, y las sombras se enseñoreaban del cielo desde oriente á poniente.

Conocieron los enamorados que era preciso separarse, y queriendo María conservar un recuerdo de esta noche divina, señaló con la mano á Henreich las florecillas azules de la orilla del río. Comprendióla su amado, y cogió las flores, pero los pies le faltaron, y se hundió en el agua. Dos veces las ondas se entreabrieron, y él subió á flor, luchando desfallecido con los ojos fuera de las órbitas; pero otras dos veces el río volvió á guardar su presa.



Tenia yo en la mano el ramillete.—Pag. 5.

Quiso gritar, y el agua se lo impedía. La segunda vez que apareció, volviendo los ojos por despedida á su amada, ysacando un brazo, arrojóle las flores azules que aun tenia asidas por la contraccion de sus nervios. Este movimiento le acabó de perder, desapareciendo bajo el agua, que quedó inmóvil y tersa como un espejo.

Tal fué la muerte de Henreich Fransenlob. María tambien murió poco despues monja.

La elocuente despedida de Henreich está traducida con el título de: *la flor azul* VERGISS MEIN NICHT (no me olvides).

XV.

Acabada que estuvo la casa de Blanca, aunque su semejanza era estrema, ni se pudo evitar que en lo nuevo se diferenciase, ni que las paredes estuviesen demasiado blancas, ni que faltase entre la paja del techo el musgo y los írides que en la otra crecian.

En vez de margaritas blancas; nacieron en abril margaritas dobles de color de rosa; y las ogiacantas que sembró el jardinero y presentó al baron con aire de triunfo, ni tenían espinas, ni flores de una sola hoja. Los avellanos, dirigidos y recortados por mano maestra, tampoco caian como una cortina natural de follaje. Llegó julio, y comenzaron á florecer los acianos; pero ninguno era azul: todos blancos, amarillos, ó de color de violeta. El esmero del cultivo ocasionaba que esta variedad de la planta, asaz comun en el campo, no se diese en el jardín del baron.

—¿Qué se hizo aquel tiempo—esclamaba—en que la naturaleza tenia el encargo de proveerme de alfombras? ¿aquel tiempo en que caminaba yo sobre la yerba sin dárseme un ardite de marchitarla?

¡Ay! al pobre le basta para tener acianos azules, buscarlos en la campiña, y tener una blonda cabellera en que prenderlos.

¿Cómo diablos me ha de recordar esta ogiacanta sin espinas aquella que me destrozó la mano?

El jardín quedó abandonado al jardinero.

Un día topó el baron una vieja... era la tia de Blanca, que aunque no le reconoció, conservaba todavia un pañelo de su sobrina, y no tuvo inconveniente en cedérselo á cambio de una bolsa bien provista.

En el gabinete encerró Krumpholtz este recuerdo; pero como era demasiado vivo, como antes de llegar á él no pasaba por otras manos para desvirtuarse, al cabo de algun tiempo le hacia el mismo efecto que una taza de porcelana ú otro mueble cualquiera de uso diario. La desdicha de Conrado llegó á su colmo.



¿Por qué no nos abrazamos?—Pág. 4.

Antes de esta prueba solo había perdido la ocasion de sus sensaciones; ahora hasta la facultad de sentir. Pensó en el suicidio, proposicion que sentamos para nosotros mismos con una ligereza incalificable, para encontrar razones con que combatirla, y tener entretenimiento algunos dias mas. Por último, acordósele á Krumpholtz una melodía que cantaba Blanca.

XVI.

¡Oh! no hay cosa como la música. ¡Músicos! hijos mimados del cielo. ¡Que os rindan párias los poetas y los pintores, porque la música es el idioma de los ángeles, idioma misterioso, que nos encanta el oír aunque incomprensible y vago, como nos encantan en boca de una mujer dulces palabras que no entendemos. Allí donde no alcanza el genio del pintor, allí donde el poeta siente y calla, porque sus palabras que le quemán el corazón no pueden tener humana forma, allí, donde el poeta y el pintor se declaran vencidos, allí comienza la música.

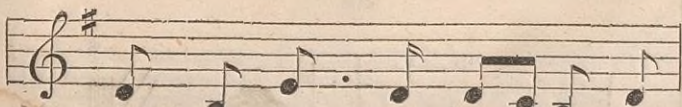
Con ella recobró el baron todos sus recuerdos, todas sus sensaciones, sus diez y ocho años, su salud y su energia de alma y de cuerpo.

La agradable sorpresa que le causó el recordar la trova solo puede compararse á la del viajero que, trepando penosamente entre las avalanchas, llega á una plataforma cubierta de musgo, y así como trepa y trepa, hasta el musgo desaparece, y se vé por todas partes rodeado de nieve blanca como un sudario; pero de repente brota entre la misma nieve un arbusto fardoso, coronado de flores encarnadas, el *Atpen-rose*, la rosa de los Alpes.

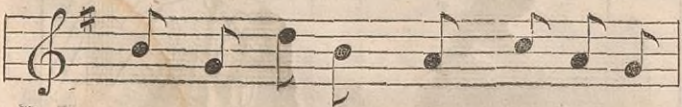
XVII.



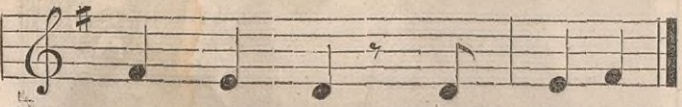
Al Rhin, al Rhin, a -



- llá es - tan nues - tras vi - ñas. Que



sea ben - di - to el Rhin! que sea ben -



- di - to el Rhin! De vi - des.

Pero solo hasta aquí recordaba Conrado la canción, y á pesar de sus esfuerzos, ni una nota mas pudo acordársele. Comiendo, bebiendo, hablando, cien veces al día cantaba este principio, no solo por gozar con sus recuerdos, sino esperando acordarse del final. A veces tenia en la punta de la lengua la nota siguiente, pero cantaba

Al Rhin, al Rhin, allá están nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

y al llegar al pámpano se le iba el santo al cielo. Corrió en busca de la tía de Blanca; pero se habia quedado tan sorda, que fue en vano. Durante una semana entera, á todos los barqueros, á todos los vendimiadores que encontraba, los detenía preguntándoles por el final de su canción, que les recitaba hasta el pámpano... de manera que á la semana siguiente ye era conocido por loco en toda la comarca.

XVIII.

EL BARON CONRADO A MR. SAMUEL, ALMACENISTA DE MUSICA.
Maguncia.

Muy señor mio:

Hacedme el favor de enviarme á vuelta de correo toda la música antigua que tengais en vuestros almacenes. En la conduccion no omitais gasto alguno, siempre que yo la reciba lo mas pronto posible. Por ello os quedará agradecido

Vuestro afectísimo

El baron Conrado Krumpholtz.

Ober-Wesel.

XIX.

MR. SAMUEL AL BARON CONRADO.

Señor baron:

No sé como demostraros mi gratitud por haber tenido en memoria mi establecimiento, así como la esquisita delicadeza con que llevais vuestra bondad al extremo de pedirme música antigua.

Con efecto, cuando hace años tuve el honor de vender por pri-

mera vez música á vuestra escelencia, comerciante nuevo y pobre tenia mis almacenes peor surtidos que casi todos mis colegas; pero, hoy, gracias á que cuento entre mis parroquianos á vuestra escelencia y á muchos de sus amigos, puedo decir, sin que sea vanagloria, que mis almacenes no tienen rival en toda Alemania. Para probaroslo, señor baron, en vez de la música antigua que teniais la bondad de pedirme, os envío toda la moderna, toda la que hace furor en la actualidad.

Recibid, señor baron, los respetos de vuestro muy humilde y obediente servidor

Samuel.

XX.

EL BARON CONRADO A MR. SAMUEL, ALMACENISTA DE MUSICA.

¡Sois un estúpido, Mr. Samuel! Cuando os pido música antigua, es porque quiero música antigua.

Me quedo con la que enviasteis; pero daos prisa á reparar este contratiempo, enviándome la que os pedí.

El baron Conrado Krumpholtz.

XXI.

Por mas que pasó y repasó la música antigua, nada encontró Conrado parecido siquiera á lo que buscaba. En medio de esta ocupacion hallóse un día en el granero un violin muy viejo, todo apollillado y roto: lo compuso, y proveyéndole de cuerdas, pasaba los días enteros tocando:

Al Rhin, al Rhin, allá están nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

Pero al llegar aquí, vuelta al principio, porque no sabia continuar Ruegue el lector á su mejor amigo que haga lo que el baron en su propia casa, y apostamos á que al cuarto de hora, todo lo mas, le echa á la calle.

Así nadie culpará á un vecino de Conrado, que sobre no ser su amigo, no se creia obligado á morir de tal muerte, nadie le culpará porque le diese á entender por boca de un escribano la siguiente notificación:

El día... de 18...

Por cuanto el señor baron de Krumpholtz no niega que á todas las horas del día y de la noche toca y mas toca una especie de violin lo mas inarmónico del mundo:

Por cuanto el dicho señor baron dá en falso casi todas las notas, y no toca sino las primeras de una canción, que parece el cuento que nunca se acaba:

Por cuanto parece natural que el señor baron hace esto con idea torcida, y solo por fastidiar á su vecino, pues es imposible que toque por gusto suyo, ni por el de aquel por quien se componga la tal música (y esto lo somete el demandante á la opinion de los jueces);

Considerando en derecho que las ordenanzas municipales prohiben sábiamente que haya dentro de las poblaciones establecimientos insalubres ó incómodos:

Considerando que los acordes de un violin destemplado no respetan puertas ni ventanas, y que persiguen á su víctima hasta lo mas recóndito, arrancándole á las faenas caseras ó á las elucubraciones científicas para ponerle á cuestion de tormento, resulta que el hecho del señor baron debe considerarse como violacion de domicilio y atentado contra la libertad individual.

Considerando que Mr. Selbener, el demandante, no ha omitido medio alguno antes de recurrir á la justicia, desde proveerse de un tapa-oidos, hasta cerrar herméticamente las rendijas de sus ventanas, y que no le han valido estos dispendiosos expedientes:

Considerando que tiene el demandante muy desarrollado el sistema nervioso, y que cada nota en falso del baron le hace mas daño que una puñalada, y considerando tambien que en la actualidad se vé amagado de una neuralgia aguda, cuyos primeros síntomas ha conocido ya, y que acaso ponga en riesgo su existencia:

Súplica:

1.º Que se obligue al señor baron de Krumpholtz á mudar de casa pronto, pronto:

2.º Que pague al demandante daños y perjuicios:

Y 3.º Que se le juzgue como culpable de violacion de domicilio, de atentado contra la libertad individual, y de tentativa de homicidio premeditado.

Pidió el baron mil perdones á su vecino, y tapándole la boca con un barril de vino generoso, le prometió formalmente no volver á tocar el violin sino en una sala baja, desde donde no pudiera llegarle el son siquiera.

XXII.

Atanasio tenia muy mal humor, y el baron le preguntó la causa. Despues de vacilar un momento enseñóle el criado una carta en que una mujer le recordaba sus juramentos, con protestas de que no podia vivir sin él, y la contera de que si no regresaba pronto abandonaria ella su casa por buscarle. Al leer un billete tan tierno, lo primero que se le ocurrió á Conrado, fue contemplar al héroe para esplicarse la pasion de aquella mujer; pero Atanasio era chiquitin, mal formado, y sobre la cara mas estúpida del mundo, le caian unos mechones grises que en vano alisaba el peine.

—Señor—le dijo Atanasio—no os podeis figurar cómo esta mujer me persigue. No la quiero, y no puedo desembarazarme de ella.

—Tú la habrás querido en otro tiempo—respondió Conrado.

—No, señor—repuso con una fatuidad que contrastaba con su grotesca figura.—Es uno de esos amores de bolin de bolan.

Como el baron callaba, iba á retirarse Atanasio, cuando oyó que le decia:

—¿Cómo se llama tu Dulcinea?

—Blanca.

—¡Blanca!—esclamó el baron.

—Blanca—respondió Atanasio.

—Es singular—dijo el baron.

El criado no respondió, porque no veia en aquello nada de singular.

—¿Es una jóven esbelta y blanca como la leche—prosiguió el baron?

—¡Cál!—repuso Atanasio.—Al revés: su color, de moreno tira á cobrizo, y en cuanto á esbeltez, Dios la dé.

Así prosiguió Conrado cuando estuvo solo.

—¿Cuán fácilmente nos figuramos que nuestra novia no se parece en nada á las demas mujeres! Vea usted: ¡llamarse Blanca la querida de ese perillan!

¡Que una mujer morena y gorda se atreva á llamarse Blanca!

¡El cutis de mi Blanca era tan fresco, tan suave! Sa talle apuesto á que me cabia en la mano—si le hubiera tomado la medida.

Como todos los suyos, este monólogo acabó con:

Al Rhin, al Rhin, allá están nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

Y vuelta despues del pámpano:

Al Rhin, al Rhin, allá están nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

XXIII.

En algunas ocasiones imaginábase que la trova comenzada llegaba al fin en su interior; y poníase á escucharse á sí mismo con increíble estupidez. Otras sentia bullir en sus labios el consabido final; pero no podia pronunciarlo. Hasta en el son que el viento hacia entre los árboles, encontraba recuerdos de su cancion malhadada.

De las campanas, no se diga, que todos los domingos la tocaban con admirable claridad; pero le sucedia como al baron, que al llegar al *fá sostenido*, volvian á empezar irremisiblemente.

Estos gorgoros interminables del baron, aun entre las pláticas mas graves, del tal modo le hizo insoportable á los pocos amigos que le venian á visitar, que todos le fueron abandonando hasta dejarle completamente solo, lo que contribuyó en gran manera á que su manía degenerase en locura rematada.

XXIV.

De sobremesa, mientras Atanasio á su espalda esperaba que se levantase, el baron, preocupado con su negra fortuna, que al paso que le cólmaba de cuanto los hombres anhelan, le ponía deseos de una cosa de ínfimo valor probablemente, el baron, repetimos, tras largas reflexiones, quiso resumirlas en una especie de aforismo, y exclamó:

—La felicidad es una gacela...

Pero detúvole Atanasio dando muestras de desaprobacion.

—Si vucencia me lo permite—dijo—confesaré francamente que no soy de su opinion, porque en este momento la felicidad es para mí el tasajo de ternera que me espera en la cocina.

—Pero despues que te comas la ternera—respondió Conrado—¿en qué consistirá tu felicidad?

—En acostarme y dormir hasta mañana por la mañana—repuso Atanasio.

—Segun eso—dijo para sí Conrado—la felicidad no es otra cosa que aquello que nos falta, pues de mí sé decir, que excepto el final de la cancion, nada me falta en la actualidad. La felicidad, en resumidas cuentas, es una antítesis, es lo contrario de nuestras penas, ilusorias casi siempre.

Bajo el ardiente sol de estío, cuando caminamos por abrasados arenales, consiste nuestra felicidad en la brisa que refresque nuestros cabellos sudorosos, así como en el invierno nuestra felicidad consiste en ese mismo sol que nos era insoportable cuatro meses antes.

Y quiso terminar su aforismo diciendo:

—La felicidad es una gacela blanca...

—¡Blanca!—interrumpió Atanasio, envalentonado porque su amo le dirigia la palabra.

Pero Conrado prosiguió, desdeñando la advertencia:

—La felicidad es una gacela blanca, que solo nos deja ver el polvo que levanta en su carrera, ó el movimiento que imprime al bosque por donde pasa.

—Pero entonces—dijo Atanasio—¿cómo sabeis que es una gacela? Y si es una gacela, ¿cómo sabeis que es blanca?

—La felicidad—repuso Conrado—es una cosa que se disipa como álcali volatil, una cosa que solo nos deja ver el polvo que levanta en su carrera, y el movimiento que imprime al bosque por donde pasa.

Y añadió:

—El hombre que la persigue logra solo que el polvo le ciegue.

Terminado su aforismo, se levantó Conrado de la mesa, y mientras tras Atanasio devoraba en la cocina su ternera asada, repetia para sus adentros el final de su aforismo:—El hombre que la persigue logra solo que el polvo le ciegue;—sin que esto le impidiera el seguir pensando en su cancion, lo que prueba que ni la sabiduría ni los aforismos sirven para nada.

Pensando, pues, en su cancion ocurriósele que uno de sus vecinos era un anticuario muy sábio, y que tenia una hija grande filarmónica, segun pública voz; pero el sábio no recibia en su casa á nadie por no perder en cosas fútiles un tiempo que se le antojaba llamar precioso, como si hubiese unas cosas mas fútiles que otras. Un amigo del baron, á quien no disgustaba que adquiriese nuevas amistades con que le fastidiase menos, se encargó de presentarle al sábio; y con efecto, á los quince dias vino á decirle que seria recibido como en su propia casa.

XXV.

Descúbrese el verdadero color del caballo de Reynaldo de Montalban.

Pero el tal amigo no habia tenido otro medio para que el sábio recibiera á Conrado que anunciársele como otro sábio que se parecia por conocerle. Esta supercheria no era inverosímil, pues los sábios de profesion que habia conocido en el mundo no le parecieron cosa mayor, tanto, que si la cuarta parte de las vulgaridades que decian sobre cosas desconocidas, las hubiesen dicho sobre cosas conocidas, de seguro los escupieran y apedrearan los chicos de la calle.

Tan en poco tuvo, pues, esta mentira, que ni se cuidó de prevenir al baron. Llegó, pues, éste á casa del sábio seguido de Atanasio, sin pensar siquiera que iba á ser todo un sábio de repente. Encontróse en el jardín. Despues de los cumplidos de costumbre le dejó hablar cuanto le vino á la boca, sin abrir la suya, esperando el momento de hablar de su pleito, es decir, de curiosear la música de su hija; pero no encontró arbitrio para proponérselo, tal era la charlatanería de su interlocutor.

Al fin el sábio, viendo que no podia enredar á su vecino en una conversacion científica, porque el baron la eludió lo mejor que pudo, ocurriósele una pregunta que en su entender no podia pasar desapercibida.

—Me encuentro, caballero, en un apuro. Estoy leyendo ahora un libro francés, y me es imposible adivinar la etimología de Bayardo, nombre del caballo de Reynaldo de Montalban.

Oyóse en este momento un clavicordio, con que el baron doblemente preocupado no respondió. Volvió, sin embargo, el erudito á la carga, y sea que siguiese Conrado abstraído, ó que, pobre ignorante, no estuviese fuerte en cronología, respondió de esta vez sin vacilar:

—Así como yo tengo un perro que se llama Hércules, ¿por qué el caballo de Reynaldo de Montalban no pudo llamarse como el famoso Bayardo?

Miróle el sábio estupefacto, y el baron conociendo que habia dicho una necedad, se echó á reir á carcajadas. Vinole esto de perlas, porque el sábio lo tomó á broma y se echó tambien á reir. Pero Atanasio, que se habia acercado á los dos interlocutores, dijo:

—Si su excelencia y este caballero me lo permiten, les diré mi opinion sobre el particular.

Y añadió luego, tomando por consentimiento el silencio de su amo:—Así como el señor baron tiene un caballo alazan que yo llamo Alazan, una yegua pia, que yo llamo La Pia, y otra torda que yo llamo la Torda, ¿por qué Reynaldo no habia de llamar Bayardo á su caballo bayo?

—¿Pero quién te ha dicho—repuso el baron—que era bayo el caballo de Montalban?

—Es de suponer, porque si bien no le conocido á ese Reynaldo, no lo creo mas corto de vista que yo; y así como yo no llamo Torda á vuestra yegua pia, ni Pia á vuestra yegua torda, así creo que ese caballero no llamaria Bayardo á su caballo, si fuese tordo ó pio.

—Pero ¿qué pruebas tienes—dijo Conrado—para creer que el nombre de ese caballo viniera de su color?

—Tambien es de suponer—respondió Atanasio.—Acabo de probar que era bayo, porque si hubiese sido tordo ó pio no le hubiera llamado Bayardo, es decir bayo. Del mismo argumento se deduce que pues era bayo le debió de llamar Bayardo, y no Tordo ó Pio, así como á vuestra yegua torda le llamo yo la Torda, y á vuestra yegua pia, la Pia.

El silogismo de Atanasio era falso; pero el baron y su vecino se vieron en grande apuro, pues no sabian cómo probarle que era falso, pareciendo tan verosímil su etimología. Así, para mudar conversacion, dijo Conrado:

—Acerquémonos á la sala baja. Tendré un placer en oír el clavicordio de vuestra hija. Goza fama de diletanti, y aun cuentan que es un tesoro la coleccion, que posee de música antigua.

—Sí—reuso el vecino, encaminándose á la sala donde el instrumento se oía.—Posé todas las obras de Francon, que en 1066 inventó en Colonia los signos divisorios del tiempo musical, las de Gil Binchois, las de Juan Okenheim, las de Cipriano Roze, las de Hobrecht, maestro de Erasmo, las de Jacobo de Kerl, las de Gaspar Krumkorn, el ciego, etc. etc.

—Blanca—dijo entrando en la sala—te presento á nuestro vecino el señor baron de Krumpholtz.

—¡Blanca!—esclamó Conrado.

—¡Blanca!—esclamó Atanasio, que desde el sitio donde se detuvo pudo oír.

—Es un sábio celeberrimo—añadió el padre.

Miróle el baron fijamente, y viéndole tan grave, tomó por una broma de mal gusto el título que le daba.

La hija del sábio era seca y larguirucha, con sus ribetes de elegancia afectada. Mientras tocaba algunas piezas el baron hojeó toda su música vanamente. Solo á la cabeza de una página en blanco, leyó este título:—*Al Rhin*.

Pero ni el sábio ni su hija habian escrito estas palabras, ni sabian que composicion pensaba copiar el que las escribió en aquella página. Nada, pues, probaba que fuese la cancion de Conrado.

Cuando salió de la casa con Atanasio, decía para sí:

—¡Blanca! todo me recuerda á la mujer que busco.

Y Atanasio decía:

—¡Blanca! todo me recuerda á la mujer que me persigue.

XXVI.

Un dia conoció Conrado que se estaba poniendo muy en ridiculo. Esto, y las primeras heladas que tenian ya sin hojas á los árboles, le hicieron abandonar su posesion sin gran trabajo.

Vuelto á su antigua mansion, trató de distraerse lanzándose á las diversiones que al invierno acompañan. No puede negarse que le agradó sobremanera el volver al ruido, al movimiento, á ver las caras que no habia visto tiempo hacia, á renovar sus costumbres agradables hoy por los seis meses de interrupcion que habian sufrido. Pero ya comenzaba á aburrirse otra vez, cuando recordó que su madre le habia dicho, al salir por primera vez de la casa paterna:

—No tengais malas compañías, que con pérfidos halagos llevan al precipicio. No os entreguéis al demonio de la ambicion que disloca las naciones. Id siempre por las calles pegado á la pared, por temor de los coches. Recelad de los atractivos mundanos, y de los placeres maléficos que en tropel os asaltarán. Sobre todo huid las mujeres de teatro... las mujeres de teatro, sirenas que pierden á los jóvenes. Tampoco os olvideis de clavetear á menudo vuestras botas, porque en ninguna parte se rompe el calzado tan pronto como en las grandes poblaciones.

Los consejos de su madre le abrieron un camino enteramente nuevo. Imaginábase á su pesar muy delicioso aquel fruto prohibido, y exceptuando los coches, plúgole arrostrar todos los peligros que se le señalaban.

La ambicion por el pronto no la tuvo por cosa tan mala, mejor todavia el echarse en brazos de los placeres que debian de buscarle, y mucho mejor aquello de las peligrosas sirenas, que ya se parecia por

conocer, y que en su opinion no podrian nunca acarrearle un daño igual á la ventura de caer en sus redes.

Pero en la poblacion donde él vivia la única carrera abierta á la ambicion terminaba en una plaza de bailio, con que ganaba no poco siendo secretario segundo de Mr. Bernhard. En cuanto á las tentaciones de otro género, nada le costó el resistirlas y vencerlas, pues sus mayores escesos consistian en pasearse á la orilla del Rhin, hasta que dió con la vivienda de Blanca.

De mujeres de teatro no se hablo, porque nunca hubo teatro en Ober-Wesel. Solo en cierta ocasion que pasaron por allí unos cómicos de la legua, tuvo la debilidad de escribir una larguísima carta á una bailarina pidiéndole una cita; pero al acudir á ella se halló de manos á boca con un hombre patillado y mal encarado que le preguntó en qué concepto tenia á su hija.

—Por cierto—decia Conrado tristemente—por cierto que las tentaciones no me asaltan de modo que me vengzan, ni las cómicas me tienden tantos lazos como yo deseara.

Sin embargo, en mucho tiempo no habia podido desechar esta idea. Aquellos abismos cubiertos con flores que su madre le pintó no le probaban sino una cosa, y es: que su madre, á pesar del horror con que miraba á los farsantes, no podia negar que cubrian con flores los abismos. Para que estos abismos fuesen tan verdaderos como las flores, requeriase que los confesara un partidario de ellos, así como un enemigo confesaba lo de las flores. Despues llegó aquella época en que solo pensaba en Blanca. Tras ella la de su fortuna y engrandecimiento. Al recordarlas ahora, recordó tambien Conrado casualmente que nunca habia gustado de este peligro mundano! que tanto se cacarea, y por ende fué durante algun tiempo amante privilegiado de una linda bailarina.

XXVII.

El baron habia regalado un reloj á la bailarina. La bailarina se lo regaló á su camarera, la camarera á Atanasio, y en poder de éste lo vió un dia el primer donador.

—¿De dónde has sacado ese reloj?—le preguntó.

—¡No me habéis de él, señor!—respondió Atanasio.—De buena gana lo tiraria al mar.

—Descontentadizo eres. Me ha costado 150 florines.

—Sabe Dios lo que me costará á mí—repuso Atanasio.

—No lo creas—dijo el baron;—pero no me disgustará el saber cómo ha venido á tus manos.

—Ni á mí tampoco el contárselo á vucencia. Las penas disminuyen contándolas, y cuando tenemos miedo se nos disminuye hablando á menudo de aquello que nos lo ocasiona.

—Habla, pues.

—La camarera de la señora... es por mi desventura aquella Blanca de quien dije á vucencia en otro tiempo que me perseguia. Al volvernos á ver, me hizo mil carantoñas, me enternecí, la dije cuatro ternezas, y acepté por fin y postre este reloj para contar las horas de su ausencia.

—¿Está ausente?—dijo el baron.

—Ha ido por sus papeles... para casarnos.

—¡Ola!

—Pero, como ya dije á vucencia, no la quiero, y me caso por interés.

—¡Demonio! eres tan fátuo y tan impertinente como un gran señor.

Justo nos parece advertir que el baron caia en una vulgaridad ridicula. Es muy comun quejarse de la impertinencia y de la fatuidad de los grandes señores. Primero, porque no los hay. Segundo, porque su impertinencia, cuando la tienen, es tan moderada, la reforman tanto los modales y la buena educacion, que es cien veces mas tolerable que la de un mercachifle ó un escribientillo.

—No sé por qué—dijo Atanasio—me descontenta la boda.

—Creo, señor Atanasio,—dijo Krumpholtz—que abusais de mi credulidad. Ignoraba que fuese la tal camarera vuestra Blanca; nunca la he visto; pero puedo asegurar que pasais á su lado las noches muy lindamente. ¿Qué haceis?

—Hablamos y cantamos.

Esta palabra hirió la fibra consabida del baron, que le preguntó bruscamente:

—¿Qué cantais?

—Canciones de todas clases.

—¿Qué mas?

—Duos, arias...

—Cántame una de las que ella prefiere.

—Perdóneme vucencia; pero no recuerdo ni una nota.

—Haz la prueba.

—Seria en vano.

—Yo lo quiero.
Pronunció el baron estas palabras tan próximo á enojarse, que Atanasio comenzó á cantar lo primero que le vino á la memoria.

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!

—Sigue,—dijo Conrado, que le escuchaba sin respirar.
—No recuerdo mas.
—¡Mientes!
Mintiera Atanasio ó no, creyó mas prudente perseverar en la mentira improbable y sin resultado, que confesarla. Sea lo que fuera, se afirmó y ratificó en lo dicho.
—¿Pero tu novia la sabe?—prorumpió el baron.
—Creo que sí.
—Debes de saberlo de fijo, pues ella la cantaba.
—No puedo asegurar á vuecencia si cantaba esto ó cosa parecida.
—¿Dónde está tu novia?
—En su tierra.
—¿Cuál es su tierra?
—Lo ignoro.
—¿Cuándo volverá?
—Dentro de un mes.
—Corriente.

XXVIII.

Esta conversacion no hizo sino acrecentar el deseo que atormentaba á Conrado de encontrar á Blanca, ó mas bien de recordar su cancion; porque, como él decia muy á menudo para su capote:—Blanca no me inspiraría ya las emociones de antaño, aunque la encontrase tal como entonces estaba. Decididamente uno de mis sentidos está muerto.

Sin embargo, como no le daba la gana de volverse loco, ni un dia siguiera faltaba á la ópera, para oír música diferente; pero lo terrible fue que esto solo sirvió para exasperar su mania, pues en todo lo que oía solamente reparaba la semejanza ó desemejanza que tuviese con su cancion.

Al fin un dia le dijo á Atanasio:
—Estoy aburrido, y me dan tentaciones de volver á Ober-Wesel.
Atanasio, que con horror indecible veia aproximarse la época en que su novia estaria de vuelta, acogió esta idea con entusiasmo.
—Nada haria mejor vuecencia—le contestó—y luego dijo con énfasis—va el invierno pasado, con que vuecencia asistirá al renacimiento de la naturaleza en Mayo, y á los primero trinos de las avecillas.
—Si tu novia estuviese ya de vuelta, yo me marcharía sin duda.
—¿Para qué diablos necesitará á mi novia?—se preguntó Atanasio.
Si fuera para desbancarme, vaya en gracia, nunca haria cosa mejor. En tantas locuras le he visto dar, que le creo capaz de todo.

Pero Conrado añadió:
—Es sobre aquello de la cancion...
—Psche—dijo Atanasio—apuesto á que ella no sabe mas que yo.
—¿Cómo es eso?
—La verdad, como vuecencia insistia tanto en que yo cantara, aturrílleme, y temo que lo que canté no sea la cancion de Blanca, sino la que incesantemente oigo tararear á vuecencia.
—Vamos, pues, á Ober-Wesel—dijo Conrado con aire de resignacion.
—Vamos, pues, á Ober-Wesel—dijo, Atanasio con aire de triunfo.

XXIX.

A Atanasio, en casa del Baron de Krumpholtz.

Acabo de llegar con todos los documentos necesarios para nuestra boda, y me anuncian que habeis marchado hace cinco dias. No soy tan injusta que crea que vuestra voluntad entra por algo en esta ausencia; pero ¿por qué no me habeis dejado cuatro letras para tranquilizarme?

Vuestro amo no os negará licencia por unos dias, sobre todo, sabiendo que os venis á casar. Os espero, pues, mi querido Atanasio, con una impaciencia tal, que desco vivamente sea comparable á la vuestra.

Blanca.

XXX.

A Atanasio en casa de! Baron de Krumpholtz.

¡Quince dias sin contestarme! ¿es esto un insulto? ¿Y creéis que yo lo sufriré sin vengarme? Tengo un compromiso formal, escrito de vuestro puño, y recurriré á la justicia; pero no es esto lo que mas cuidado debe daros. Tened entendido que no os voy á dejar tranquilo ni á sol ni á sombra, que os voy á perseguir de todas las maneras que puede inspirar á una mujer su resentimiento.

Blanca.

XXXI.

Atanasio estaba muerto de miedo. Además el fastidio, cada vez mayor, de Conrado, destruía su salud, lo que contribuía no poco á aumentarlo. Una noche demolió Atanasio la cabaña del parque, hecha por el modelo de la de Blanca, y arrancando el musgo de la puerta, sembró cebollas en su lugar.

El pañuelo que Conrado compró á la tía de Blanca también desapareció por arte de birli birloque, y un dia que tuvo el antojo de ir á la roca de Loreley, Atanasio rompió uno de los remos de su barquilla. Sobre estos ardides, el dia del cumpleaños del baron, distribuyó dinero entre las gentes de la comarca para proporcionarle una fiesta popular; y con esto, y con escribir á todos los amigos del baron que la salud de su amo le inspiraba serios temores, y que necesitaba de recreo y solaces, comenzó Ober-Wesel á hervir de gentes, que iban y venian. Por supuesto que hizo creer al pobre baron durante un mes entero que el caballo que solia montar estaba cojo.

Todas las mañanas, cuando el baron le llamaba por primera vez saludábale pidiendo albricias por la mejora de su salud, por su buen color, etc., etc. Lo cierto es que nunca Conrado habia estado peor.

Viendo Atanasio que no le quedaba ningun partido que tomar, le dijo un dia:

—¿No recordais, señor, que los médicos os han mandado viajar?
—Y quizás den con el quid—respondió el baron.
—No podeis figuraros, mi querido amo, cuanto os reaniman los viajes. En este de Ober-Wesel aunque en pequeño lo he conocido: en cada parada me habeis parecido media libra mas grueso, y dos años mas jóven.
—¿Por Cristo!—dijo Conrado—voy á buscar el fin de mi copla.

XXXII.

—Acaso encontraré también á Blanca. Es probable que no encuentre ni lo uno ni lo otro; pero al fin puedo darme este pretexto á mí mismo para viajar, y puedo coger el hilo de mis recuerdos que ya se me escapaba. Nada tengo que hacer. Sino consigo distraerme, cambiaré las ocasiones del fastidio. Esta idea ha sido feliz. Pero ¿á dónde voy? si encuentro lo que busco, será probablemente despues de recorrer todos los paises donde no esté. Porque el hombre tiene el sino de no hacer ni decir cosa buena en un asunto hasta que no ha dicho ó hecho todo lo malo. Por eso cuando se busca en una obra una sola página, se encuentra siempre en el último tomo.

Cuando los primeros físicos, cuando los primeros astrónomos empezaron á observar la tierra y el sol, dos cosas solamente podian decir—la tierra gira—ó el sol gira.—Pero dijeron lo absurdo y nada mas que lo absurdo; así como nadie se ha acordado de decirnos que el ave fénix no existe hasta que se han agotado los cuentos de toda clase sobre su existencia.

Por mas necesidades que digamos actualmente, muchas mas diríamos si nuestros antepasados no nos hubieran cogido la delantera. La verdad es una, la mentira infinita: la verdad solo quedará asentada cuando la mentira haya reinado en el mundo bajo todas sus formas, modificaciones, divisiones y subdivisiones.

Hágase á cualquiera una pregunta muy sencilla, la creará una sutileza, y no responderá lo conveniente. Pregúntese en un corro de diez personas—¿á qué no aciertan ustedes qué me voy á poner en la cabeza cuando salga de aquí?—y acaso será una sola la que despues de pensarlo mucho diga tímidamente—el sombrero.—En cambio las otras nueve personas se imaginan cuando menos que os vais á soplar sobre el cráneo las ruinas de Andernach.

—Por esto—añadió el baron—seguiré para viajar el sistema que observo para buscar un párrafo en un libro: empiezo por donde debia acabar naturalmente. Sin duda mi itinerario debia de ser Alemania,

Suiza, Italia, Francia, etc., pero voy primero á Francia, despues á Italia, y volveré por Suiza.

XXXIII.

Temiendo Atanasio á cada instante ver entrarse por sus puertas á la justicia para hacerle marido, se dió tal prisa en los aprestos del viaje que fue por demas. La silla de posta, cuya recomposicion hubiera tardado un mes si Atanasio no aprobára la marcha, en veinte y cuatro horas estuvo lista. Durante este tiempo Conrado tarareaba:

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

Al partir Atanasio sintió que le quitaban un enorme peso de encima.

Dos carruajes pararon al mismo tiempo en una casa de posta á pocas leguas de Ober-Wesel; el del baron y uno público en que iba la novia de Atanasio. En este sitio cambiaba el carruaje, y mientras ella esperaba su turno para pagar al conductor, Atanasio ocultóse en las caballerizas.

Impacientábase la jóven sin duda con la tardanza, pues heria fuertemente el suelo con el pié, y tarareaba entre dientes una copla. Oculto Atanasio entre unos montones de heno, prestaba suma atencion á la copla, porque de ella dependia su libertad. Al cabo el conductor tomó el dinero de Blanca, que subió á un calesin, echando por el camino de Ober-Wesel.

Atanasio y Conrado echaron por el camino opuesto.

XXXIV.

Que no tiene nada que ver con la novela.

Entre las cosas que ignoramos debe de ponerse en primer lugar la geografía. Tan cierto es esto, que en París mismo nos seria difícil ir sin *cicerone* desde la Chaussée-d'Antin á la calle de Bac. Asi, pues, para seguir de pueblo en pueblo al baron y á su criado tendríamos que recurrir á un itinerario ó á un manual geográfico, ó que poner en tortura nuestra memoria, lo que quizás nos haria caer en error y esponernos por consiguiente á la crítica de los postillones y de los mercachifles ambulantes, en cuyas manos tendrá el honor de caer el presente libro.

Por esto les dejaremos seguir su camino, relatando alguna vez lo que les suceda y sea de relatar, hasta el momento en que nos plazca proseguir su historia, momento que no debe de tardar mucho, ó lectores, porque nos quedan ya pocas palabras que decirnos.

El año pasado ocurriéosenos una mañana ir á solazarnos á algunas leguas de la poblacion. Agradónos el lugar, nos topamos con anti-guos amigos, pescadores y marineros, é hicimos que nos llevaran nuestra hamaca y dos gruesos clavos, con lo que no volvimos en tres meses á la córte.

XXXV.

En cierta posada mientras el baron en su cuarto tomaba un caldo, hacia Atanasio los honores de la mesa redonda, admirando á todos los concurrentes con su franqueza y donaire. Apoderóse de un capon que sirvieron, y mientras todo el mundo le miraba con esa gratitud que en los viajes nos inspira el que se toma la molestia de trinchar, él con destreza pasmosa repartió entre los viajeros un ala, y dejó en su plato el resto del capon que no tardó ocho minutos en devorar.

XXXVI.

Continuacion del capítulo XXXIV.

Cincuenta leguas mas lejos nos hallábamos algunos meses despues cuando el azar nos puso en las manos un periódico donde vimos en letras mayúsculas:

UNA HORA MAS TARDE,
novela por Mr. Alfonso Karr.

Leímos el tal periódico, y entre otras críticas literarias el articulista nos censuraba agriamente:—1.º—Haber pasado el verano en un puerto de mar:—2.º—haber andado con los piés desnudos:—3.º—usar un cinturón rojo en nuestras faenas de marinero.—4.º—llevar los cabellos en desorden:—5.º—guiar por nosotros mismos un barquichuelo pintado de amarillo.



Y sacando un brazo arrojóle las flores azules.—Pág. 7.

Ciertamente que no podemos poner en duda el derecho que tiene el ilustre anónimo á alabarnos ó censurarnos por nuestra manera de matar el tiempo. Lejos de eso, nos entregamos á un dolor bien entendido por haberle desagradado, y al volver á París nos presentamos dos veces en la radaccion del tal periódico acompañados de nuestro amigo Mr. Leon Gatayes para que en gracia de algunas esplicaciones justificativas nos fuesen perdonados nuestros yerros literarios, y sobre todo, para tomar la medida del pelo de nuestro ilustre anónimo, y que nos sirviera como de tipo ó de figurin para la del nuestro. Pero dió la casualidad de que el ilustre anónimo era tan desconocido á los redactores como á nosotros, y por ende le suplicamos tenga la bondad de oír aquí la justificacion, ya que no pudo de viva voz.

1.º El ilustre anónimo llama inútil nuestra residencia en el puerto, y creyendo ultrajarnos termina comparándonos á los robustos marineros que traen una vida perra y azarosa.

Aquí comete una injusticia muy grave. Tomára mejores informes y á fé que no nos lastimára en nuestra pretension mas querida. Marineros, pescadores, y barqueros, cuantos nos rodean; confesáronle que nos tienen por el mas hábil de todos ellos, y que se alaban y glorian no pocos de ser discípulos nuestros. También hubiera sabido que nuestra mausion en el puerto no es de todo punto inútil, pues



Atanasio.

hemos tenido la fortuna á veces de escitar sucesos desgraciados, como lo declara una medalla de plata que traemos sobre el pecho con esta inscripcion;

A
KARR
 (ALFONSO),
 POR HABER SALVADO,
 CON PELIGRO DE MUERTE,
 A UN CORACERO DEL 2.º REGIMIENTO,
 QUE SE ESTABA AHOGANDO.
 CHALONS
 (MARNE.)
 (25 DE JULIO DE 1829.)
 DECRETADO EN 1835.

Esto quizás hubiera parecido al ilustre anónimo menos divertido y menos criticable.

2.º También nos será facil justificarnos de la acusacion de andar con los piés desnudos. Nuestra defensa se dividirá en dos partes.

Parte primera. Este medio lo usamos nosotros los marineros para no resbalarlos y caer al agua.—Parte segunda.—Una bocanada de aire nos habia robado los zapatos.

3.º 4.º y 5.º—Aquí por nuestra fortuna pocas palabras necesitamos para volver á la gracia del ilustre anónimo.—3.º—Nuestro cinturón siempre ha sido azul.—4.º—Desde que tenemos pelo lo llevamos casi rapado.—5.º—Nuestro barco era verde.

Pero el tal artículo tenia ademas una agudeza que nos dejó muy agradecidos del articulista.

Censurábamos sobremanera el ilustre anónimo por haber hecho de Mauricio un ser que fluctua siempre en la incertidumbre, como la hoja de contrarios vientos agitada, en vez de hacerle un filósofo. Ciertamente que la tal censura ni debe de tomarse *ad pedem literæ*, ni es otra cosa que un delicadísimo elogio. Así como jamás se ha criticado á un pintor el que ponga color de encarnado donde no le dá la gana de poner verde, así por este oportuno rodeo nos dá á entender el crítico que hemos hecho un retrato muy parecido. Con efecto, nada mas comun en la sociedad que estos caracteres, que estos hombres que conocen lo verdadero y eligen lo falso, estos hombres que despilfarran su talento y su energia en proyectos que nunca se atreven á realizar. ¿Quién sabe si el ilustre anónimo, si el mismo M. A. H. no es uno de estos tipos? ¿Quién sabe si al comenzar su carrera casi literaria de crítico, no se dijo para su capote?



El viajero de las gafas azules.

»Yo seré hombre razonable, y jamás contra mi conciencia criticaré lo que tengan las gentes por bueno y por razonable. Mis artículos nunca serán cándidamente injustos, ni por embadurnar papel me entrometeré en la vida privada de nadie, porque esto no tan solo no me incumbe, sino que prueba muy mala educacion. Las personas á quien atacara por el estilo podrian con mucha razon tenerme por un pilluelo que en medio de las calles se pone á insultar á todo el mundo.»

Todo esto y acaso mas, que es lástima no sepamos, se habrá dicho para su capote M. A. H.

Por último, algunas palabras del ilustre anónimo dán á entender que nos envidia vuestras pantuflas verdes. Si no estuviesen algo viejas, y si hubiéramos podido dar con él, nos apresuraríamos á regalárselas como una débil muestra de admiración hacia las obras maestras que con el tiempo escribirá... si Dios quiere.

XXXVII.

Habiéndose dormido Conrado en una butaca soñó que habia vuelto á la edad de sus amores, y que veía á Blanca á su lado, aérea, esbelta, pudorosa hasta ruborizarse por una palabra, amante hasta creerse dichosa con una corona de acianos. El habia vuelto á ser lo que era. Ardiente y tímido á la par, orgulloso con una mirada, con una sonrisa; desgraciado cuando el mal tiempo les estorbaba una cita. Hallábanse los dos detras de un avellano, él hablando en su lenguaje poético, de amor, de esperanzas, estrechando la mano de Blanca como si quisiese que su carne se identificase con su carne, y su sangre con su sangre. Ella estaba tan conmovida que los latidos de su corazón agitaban fuertemente la pañoleta que lo cubria. De pronto, mirándole fijamente, se echó á reir, y él viéndola reir soltó tambien la carcajada; pero de tal manera que ambos cayeron al suelo.

Luego pusiéronse á saltar sobre un monton de huevos, procurando, aunque en valde, no estrellarlos. Intentaban volar, y se sostenian algun tiempo en el aire; pero luego caian y siempre sobre los huevos. Despues el sueño, como todos, se hacia un dédalo de confusiones. Mujeres y hombres en gran número reian á carcajada tendida, se designaban unos á otros con el dedo y crecia con estremo su risa loca y burlesca cada vez que alguno de ellos caia sobre los huevos. Despues iban aumentándose tanto los que reian, que era aquello un burdel, hasta que una voz clara saliendo de aquella baharunda comenzó á tararear *Al Rhin, al Rhin*, con lo que fueron tan sonoras las carcajadas que el baron despertó.

- ¡Vaya un sueño singular!—dijo á media voz.
- Uno de los viajeros, que le habia oido, repuso:
- Segun eso habeis sonado....
- Una cosa muy rara—contestó el baron.
- Si no soy indiscreto...
- Si sois indiscreto... iba á responder Conrado, pero atajóle una mujer que dijo:
- Sin que esto impida que sea raro el cuento del señor baron, acabo yo de tener uno que lo es estremadamente.
- No le desagradó á Conrado que una persona desconocida le designase con su título.
- Sin duda—dijo—se conoce en mi aire, en mis maneras....
- Pero nosotros creemos con mas razon que esto era hijo de la charlatanería de Atanasio.
- Contó la mujer su sueño. Cada uno lo interpretó á su manera. Contaron tambien los suyos dos ó tres personas; y al fin se vino á parar en anécdotas y cuentos de sueños realizados. El primer narrador contó una historia que le habian contado. Casi nadie la creyó. El segundo, otra acaecida en su propia familia. Los concurrentes sonrieron. El tercero, una de su padre. Algunos no sonrieron. El cuarto, por último, quitándose sus gafas azules, dijo:
- Señores, yo era incrédulo, como casi todos vosotros. Cuando me esplicaban un sueño tentábame la risa; pero una gran desgracia, que ha envenenado mi existencia, me hizo menos incrédulo. Si nada mas importante teneis que hacer, voy á contaros esta historia.
- Estrechóse el círculo, y se aumentó el fuego de la chimenea. Volvió á ponerse el viajero sus gafas, y asiendo de las tenazas para dramatizar la accion, dijo:

XXXVIII.

Historia del viajero de las gafas azules.

—Señores, yo desciendo, y está claro mi origen, como la luz del día de uno de los primeros germanos que pasaron el Rhin, para establecerse en la Galla. Años mas tarde, por ciertos disgustillos, mis abuelos repasaron el Rhin....

XXXIX.

Habla el autor.

Nada hay tan insufrible como uno de esos hombres que por cualquier artificio alcanzan el derecho, el privilegio, ó el abuso de hablar en una asamblea, sobre todo si no cuenta con volver á atrapar á sus oyentes, si los mira como una presa que vá á escapársele, y por ende le importan un bledo. El de las gafas encajó á su público la historia de sus *aves, ataves y proaves*, con un aplomo y una tenacidad increíbles. Como nosotros no queremos ó no deseamos hacer lo mismo con nuestros lectores, suprimimos la mayor parte del discurso, y nos plantamos de un salto en lo interesante de la tal historia.

XI.

Continúa la historia del de las gafas.

—Tenia yo veinte y tres años, y sobre mi juventud, que es ya una ventaja, un pasar muy acomodado, y un porvenir lleno de esperanza. Además, iba á casarme con una mujer en quien adoraba. Debo decir que ella lo merecia. Talle de ninfa, cabellos de oro, boca de rosa, cutis de alabastro, ojos adorables, cuello monísimo, garganta divina, mano diminuta, pié...

Y faltándole epíteto para el pié, colocó una mano sobre otra, de manera que de la que cayó debajo solo se veian las dos primeras falanges de los dedos, lo que daba á entender que el pié en cuestion tendria dos pulgadas próximamente.

—En fin—añadió—juro que no habeis visto mujer que se le parezca.

—A fé mia—dijo para sí el baron— que, si no son así todas las mujeres, así por lo menos pintan todos los amantes á sus novias.

—Tal era Blanca— prosiguió el narrador.

—¡Blanca!—esclamó Conrado.

—¡Blanca!—dijo Atanasio en voz baja, dejando caer sobre su amo un vaso de agua que le traia.

—Torpe—le dijo el baron.

Cuando Atanasio salió, despues de enjugar á su amo:

—Mas me valiera—dijo este—que ese torpe hubiera enviado el agua con un mozo de la posada.

—¡Ah caballero!—esclamó una mujer:—¡qué desgracia es tener criados! Ayer justamente me ví yo obligada á despedir á uno muy antiguo.

En esto el de las gafas, que veía á la mujer pronta á seguir hablando, creyó que debia anudar el hilo de su historia; pero contaba sin la huésped, pues la mujer comenzó efectivamente á relatar otra historia, de manera que creyendo mutuamente ambos que el uno le cedería la palabra, armaron la siguiente algaravía:

El de las gafas.

La mujer.

Tal era Blanca. Ibamos, pues, á casarnos; pero el esperar á un hermano á quien ella queria mucho, retardaba el instante que los dos.

Era un hombre que habia criado á mi hermano, y aun á mí misma, cuando niña, me tenia siempre en brazos. Al morir me lo recomendó mi padre; pero, señores.

Viendo que ni el uno ni el otro cedía la palabra, callaron los dos; pero luego volvieron á tomarla ambos á la vez.

El de las gafas.

La mujer.

que los dos, sin que sea ilusion mia, anhelábamos. Todas las noches hasta cierta hora, las pasaba yo en su casa, y las gentes del pueblo hablaban de nosotros....

era el infeliz tan dado á la bebida, que todos los dias de Dios me le veia entrar por mis puertas en un estado que....

Tercieron en esto los concurrentes. Aunque conociendo que el de las gafas habia abusado, nadie quiso perderlo todo, y le rogaron que continuase la historia. Echóse mas leña al fuego, y él prosiguió:

—Las gentes del pueblo hablaban de nosotros como si fuéramos ya marido y mujer.

—Una noche soñé yo que estaba tocando al clave una canción que me gusta mucho.

—¿Qué canción era esa, caballero? saltó Conrado.

O no le oyó el viajero, ó no quiso responderle, y prosiguió:

—Cada tecla blanca que bajo mi dedo cruja, se me figuraba un huevo que rompía.

—Yo también he soñado con huevos—dijo para sí el barón.

—Mala señal—dijo la mujer de las interrupciones.

Prosiguió el viajero hablando, mas para reconciliarse con esta mujer, que era por cierto bastante guapa, dijo volviéndose hacia ella:

—Eso mismo me dijeron mis tías por la mañana; pero yo me eché á reír. Bien cara me ha costado mi incredulidad.

—Esa canción os traerá alguna desgracia—me dijeron.

—¡Bá!—repuse yo—mandaré que la canten el día de mi boda.

Es de advertir que esta canción nadie la sabía en el pueblo. Blanca me la enseñó. Una noche, al salir yo de su casa, la oí que la cantaba como para decirme: Adios.

—Caballero—dijo Conrado—Hacedme el favor de decirme qué canción es esa.

Hízole guardar silencio un ¡chist! universal.

—Vamos—dijo para sí—se lo preguntaré cuando acabe esa maldita historia.

—Cuál sería mi sorpresa—añadió el de las gafas—cuando á la misma puerta de su casa oigo una voz de hombre que cantaba el resto de la copla. Asaltáronme infernales sospechas: como soy algo iracundo, me acerco al quidam, le pregunto qué hace aquí: contéstame el desgraciado con un bofetón, se me sube la sangre á la cabeza, le cojo por el pescuezo y le estrangulo. Al día siguiente el juez tomó cartas en el negocio, pero yo había sido provocado, el defenderme era natural, y aquello no tuvo resultados; pero el muerto era hermano de mi novia y me fué preciso renunciar á ella.

En este momento llegó un hombre pidiendo un sitio al amor de la lumbre. Púsose descolorido el de las gafas, y salió del cuarto á escape. Quiso detenerle Conrado; pero á poco le atropella el historiador.

—¿Qué tonto!—dijo el recién venido.—Yo no quiero hacerle nada: ni asustarle siquiera.

—¿Conoceis á ese caballero?—repuso Conrado.

—Soy hermano de una mujer con quien iba á casarse.

—¿El que él estranguló?—dijo la mujer, á punto de desmayarse de miedo.

—Ese no soy, que yo sepa—respondió el desconocido.

Hicieronsele varias preguntas, y el hecho quedó patente como la luz. La noche en que volvía á su pueblo sin anunciar su llegada, la preguntanecia del de las gafas, hizo que le diese un bofetón, con lo que el agraciado echó á correr gritando:—¡Socorro! ¡socorro!—Este suceso le puso tan en ridículo á los ojos de su hermana, que se alegró de encontrar un buen pretexto para no casarse con él, que de antemano no le hacía maldita la gracia.

—Por eso—dijo la mujer habladora—por eso no es menos cierto que el sueño no le mintió, pues que la copla le trajo una desgracia.

Conrado no pudo resistir el deseo de contar el suyo.

—Nada mas claro que ese sueño. Quiere decir que os arruinará una bailarina.

—O el juego—añadió un concurrente.

—O un pleito—añadió otro.

—Sin embargo—repuso la mujer—este caballero ha soñado que tenía alas, y que volaba. Es buena señal: nadie puede negarlo.

—Corroborá lo que yo dije. El señor, como todos los jugadores, acabará por tirarse al mar.

—Al mar—añadió la mujer.

—Al mar sin fondo—repuso otro interlocutor.

—La fortuna, sonriéndole á medias, le llevará al precipicio.

—Lo que yo decía viene con eso perfectamente—dijo el primer viajero.—El señor entablará un pleito ruinoso por enriquecerse.

—También eso concuerda perfectamente con mi esplicacion—dijo la mujer—significa el sueño, que entre los mas grandes placeres, cuando se crea trasportado al cielo, en los brazos de su misma bailarina, le sucederá una desgracia á este caballero.

—Señor—dijo Atanasio—vuestro sueño es un sueño, y por ende no significa nada.

—Creo que tienes razón—contestó Conrado.

XLI.

—¡Por vida!...—murmuraba Conrado al subir la escalera para acostarse.—He debido preguntar al hermano de la bofetada, que canción era la que cantaba bajo la reja de su hermana.

Pero tengo otro medio: se lo preguntaré al fugitivo de las gafas azules.

Después, alzando la voz y continuando la plática consigo mismo:

—Atanasio—dijo—pregunta cual es su cuarto.

Dudó algunos momentos Atanasio, porque no comprendía, y luego diciendo:

—¡Es raro!—salió para volver á poco y darle esta respuesta:

—Al cabo del corredor, la puerta que está en frente de la escalera.

—¡Es raro!—murmuró Atanasio al despedirse de su amo—no lo hubiera creído en él.

—Iré cuando amanezca—pensó el barón.

Pero no podía dormir, porque estaba su imaginación llena de la tal copla, y quería que se la cantase el hombre de las gafas azules, con tanta mas razón, cuanto que aquella misma noche debían los viajeros separarse cada uno por su lado. Así, pues, como cesó todo ruido en la posada, cuando hasta los mozos de cuadra dormían á pierna suelta, levantóse el barón, encaminándose al corredor de puntillas, y al llegar á la puerta designada por Atanasio, llamó dulcemente. Una voz respondió al punto, también á la callanda.

—Sin duda espera á alguien—dijo Krumpholtz.—Le diré mi nombre para evitar toda equivocación.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, el barón de Krumpholtz.

Y llamó á la puerta mas recio.

—¡Socorro! ¡socorro!—gritó en falsete una voz aguda de mujer.

Con esto huyó Conrado; pero en vez de echar por el corredor que debía, echó por otro, y después por otro, sin que dejase de pedir socorro la voz. Al fin encontró una puerta abierta, y como oyese detrás de sí los pasos de la gente de la posada, que ya acudía, colóse de rondón, encerrándose por dentro. Una cama en desorden indicaba que había salido de allí recientemente una persona.

En efecto, cierta Maritormes de la hospedería, se levantó al oír el ruido, y viendo que ya la viajera que lo motivara se convenía de que estaba soñando, volvió á su habitación; pero en vano trató de abrir la puerta.

—¡Es singular!—decía esforzándose á abrirla.—Juraría que dejé la llave por de fuera.

Entretanto Conrado no respiraba. Imagínese el lector cual hubiera sido el asombro de la pobre criada, si de repente viera salir de su cuarto un hombre en paños menores, como lo estaba el barón. Vuelta á los gritos y á la barahunda, y Conrado no hubiera podido de ningún modo explicar satisfactoriamente su conducta.

Al fin la Maritormes, que no estaba mejor vestida que su cólega, tomó el partido de ir á buscar otra llave. Conrado escuchaba el rumor de sus pasos atentamente para escabullirse, y cuando se perdieron, abrió poquito á poco la puerta para salir; pero cata que resuena por los corredores la voz aguardentosa de un mayoral que venía á despertar á sus viajeros, con lo que tuvo que volverse á su escondite. Algunos viajeros no tardaron en levantarse y salir de sus cuartos. La criada infeliz que volvía al suyo en camisa, refugióse al verlos en el de otra criada del meson.

—Vamos, Carlota—gritó el mayoral llamando á la puerta.—¿Aun no te has levantado, perezosa? Que te se van los viajeros, y pierdes la propina.

Conrado no chistaba siquiera.

—Vamos, Carlota—prosiguió el mayoral, llamando mas recio.—Es preciso que te levantes. Aun no he tomado el aguardiente, y vamos á marchar.

—¿En qué consiste que no responde?—decía á los viajeros que ya se reunían al rumor.

—Se habrá puesto mala—dijo uno.

—¡Si se levanta siempre la primerita!—añadió el mayoral.

—Decididamente está mala.

—¡Carlota! ¡Carlota!—volvió á gritar el conductor, dando en la puerta golpes tan desesperados, que á poco la desvenija.

Conrado seguía haciéndose el sueco; pero el mayoral, mirando su reloj, dijo á los viajeros:

—Es preciso marchar.

En esto se oyó ruido de un carruaje.

—Ya llega la otra diligencia, y debemos llevarle tres horas de delantera. Vámonos.

Cuando se marcharon, la gente de la posada siguió llamando á la puerta; pero de súbito aparece Carlota vestida y todo. Era preciso aclarar aquel misterio. La segunda llave tampoco pudo abrir, porque Conrado había metido en la cerradura una piedra.

—Es preciso echarla abajo—dijo un mozo de mulas, y fue á buscar un martillo.

Conrado creyó entonces que cuantas esplicaciones les diera serían inútiles, porque no le creerían, y tomó el partido de salir majestuosamente entre una caterva de criadas, que esperaban silenciosas al mozo de mulas.

XLII.

Esperaba Atanasio á su amo revolviendo en su cabeza mil medios para obligarle á seguir inmediatamente el camino, en vez de esperar al mediodía, como el baron proyectaba. Al entrar éste le dijo:

—Atanasio, tengo prisa. Dos caballos para dentro de media hora, y dale buena propina al postillon.

—Al momento, al momento—contestó Atanasio.

—Así le atraparé—dijo Conrado, pensando en el de las gafas, y en su cancion.

—Así no me atraparé—dijo Atanasio, pensando en su novia, á quien habia visto llegar en la diligencia con la bailarina y el sucesor del baron en amores.

Fuese á la casa de postas, y preguntó cuantos caballos habia disponibles.

—Ocho.

—Los tomo todos.

—¿Cuántos viajeros sois?

—Mi amo y yo.

—Pues dos os bastan.

—¿Qué os importa que me lleve los ocho, si los pago?

—Teneis razon; pero si llegan otros viajeros tendrán que esperar hasta mañana.

—Que esperen.

Enganchados los ocho caballos á la silla de posta del baron, llenaban todo el corral de la posada.

—¿Qué regimiento es ese?—le preguntó Conrado.

—Como vucencia me dijo que tiene prisa...

—¿Estás loco? ¿Cuándo se vió una silla con ocho caballos?

Atanasio no estaba loco. Levándose ellos todos los caballos, la comedianta, su querido, y por consiguiente Blanca, no podian continuar su viaje hasta el dia siguiente, con que les tomaba veinticuatro horas de delantera.

—No sé por qué—decia el baron—se me ha metido en la cabeza que la cancion del de las gafas es la mia.

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.

Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!

De vides.

XLIII.

Corren, corren; pero el de las gafas no parece. Ha echado por un camino de travesia en otra diligencia. A cada viajero con gafas azules que encuentra el baron, lo pára, y hasta los de gafas verdes. Mientras mas tarda en dar con él, mas lo desea. A los cuatro dias ya no duda de que aquella cancion es su cancion.

XLIV.

—¿Ha parado en esta posada uno de gafas?

—Sí, señor.

—¿De gafas azules?

—Sí, señor.

—¿Un hombre bajito?...

—Justamente.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado.

—¿Por qué no me lo ha dicho usted antes?

—¿Por qué no me lo ha preguntado usted antes?

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé; pero la diligencia en que iba, duerme esta noche á cinco leguas de aqui.

—Vámonos.

El carruaje echa chispas.

—Lo menos cincuenta leguas le llevamos de delantera—murmuró Atanasio alegre.

—¿Ha parado en esta posada uno de gafas?

—Cuatro, señor.

—¿Las tiene azules alguno de ellos?

—Sí, señor.

—¿Es bajito?...

—Sí, señor.

—¿Se le puede ver?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque está durmiendo.

—Bien. Cuando despierte, dile que el baron Conrado de Krumpholtz tiene que hablarle.

Dos horas despues aparece un hombrecillo de gafas azules, haciendo muchas cortesias.

—Póngome á las órdenes del señor baron. Tengo un buen surtido de medias de seda y de algodón.

—¡Maldicion!—dijo Conrado.—No es él.

—De hilo, de seda, y de hilo de Escocia.

—¡Tonto! como si un hombre solo en el mundo gastára gafas azules.

—Blancos y de color. Guantes, calzoncillos de punto, gorros de seda y de algodón, chalecos de lana y de franela, calzas de punto, ligas, tirantes, cuellos postizos, camisas de percal, de hilo, de Holanda, pañuelos de mocós, corbatas blancas, corbatas de color, y en fin cuanto pueda desear el señor baron.

XLV.

Por el camino se sintió Krumpholtz tan malo, que tuvo que detenerse algunos dias. La sangre se le habia subido á la cabeza tan violentamente, que tenia los ojos encarnados, morado el rostro, y verdes los labios. Sus pensamientos eran una armonia ininteligible.

El ruido de los caballos y del carruaje, se acordaba para él con el soplo del viento entre las hojas. Pareciale oír una música divina como de un órgano lejano, que luego se acercaba, y se oía mucho mejor. Con los ojos desencajados la escuchaba; pero ni casa ni templo alguno habia por aquellos alrededores.

Celestiales armonías que nunca habia oido, traducian su intraducible pensamiento; fantasias de poeta que vive en su mundo aéreo; poesía que el poeta mismo no acierta á modular ni á explicarse.

El órgano, con su blanda música, tocó la cancion:

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.

Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!

De vides.

Paró el carruaje... El baron seguia escuchando, con el cuello estendido, los ojos fijos... Metióle Atanasio en la cama, y llamó á dos médicos que convinieron en que estaba amenazado de calentura cerebral; pero en el remedio no pudieron convenir.

—La experiencia—decia el uno—me ha probado que en estos casos no hay como las sanguijuelas y el reposo.

—La experiencia—decia el otro—me ha probado que en estos casos no hay como la sangria del pié, y el ejercicio violento.

Hizo Atanasio que tomára el baron un baño de piés, y prosiguieron á jornadas muy cortas su camino.

A su lado pasó la cómica, su querido y la Dulcinea de Atanasio, tomándoles delantera.

XLVI.

París.—*Moniteur* del dia 17.

«Ayer pasó en posta por Chalons-sur-Marne, el baron Conrado de Krumpholtz, que viene á París.»

XLVII.

Un periódico del dia 18.

«Antes de ayer pasó en posta por Chalons-sur-Marne, el baron Conrado Krumpholtz, que viene á París. Hay quien opina que este diplomático está encargado de una mision importante.»

XLVIII.

Otro periódico.—Dia 19.

«Hace dos dias pasó en posta por Chalons-sur-Marne el baron Conrado Krumpholtz. Este diplomático viene encargado de una mision importantísima, y á dar á la marcha de nuestro gobierno un impulso vigoroso.»

XLIX.

Otro periódico.—Día 20.

«Ayer ha llegado á esta corte en posta el baron Conrado Krumpholtz. Esperamos que este diplomático no hará traicion á la causa de la libertad. La mision que trae es tal, que no creemos deber de publicarla todavia.»

L.

Otro periódico.—Día 21.

«Anteayer ha llegado en posta á París el baron Conrado Krumpholtz. Este diplomático viene encargado de una mision tan importante, que ni los noticieros la han podido traslucir. Sin embargo, como nosotros bebemos en buenas fuentes, descubriremos este secreto si nos conviene.

«Esperamos que el baron Krumpholtz no dará oídos á las sugerencias de los revolucionarios y anarquistas.»

LI.

Un periódico de modas.—Día 30.

«Están haciendo furor las botas á la Krumpholtz, imitadas de las de el célebre diplomático alemán, cuya llegada á París ha dado tanto que hacer á los periódicos.

«Ayer hubo un desafio en Montmartre. Los contendientes eran Mr.*** redactor de un periódico ministerial, y Mr.*** redactor de uno de oposicion. La causa era dos artículos en que cada uno daba distinta significacion á la venida del baron Krumpholtz.

«Dos tiros bastaron para que los padrinos declararan que quedaba satisfecho el honor de cada quisque, y los campeones se se pararon muy amigos.»

LII.

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

De vides.

. Que sea bendito el Rhin!

De vides.

De vides.

El único goce de Conrado era tararear su cancion á todas horas, é ir todas las noches á la opera, á los Italianos, á la ópera cómica, á todos los teatros en fin donde se canta. Hasta en medio de las calles se apeaba de su coche para oír á los músicos ambulantes, y á los organillos, de lo que resultó que un día le robaron el pañuelo, otro el reloj, otro el bolsillo.

¡Y nunca podia pasar del fá sostenido!

En cuanto á Atanasio, pese á sus precauciones, dió con él Blanca en París, decidida á que le cumpliese su palabra. Tuvo que salir de París la cómica á quien servia, y la pobre jóven se negó á acompañarla, con que se vió en el extremo de vivir de sus ahorros y de las alhajas miserables que tenia.

—Escucha—le dijo Atanasio—yo no me casaré contigo —y cuenta que esta palabra te la cumpliré religiosamente; —pero no te prohibo que vengas á verme de cuando en cuando, sin que el baron lo descubra, por supuesto. Ven todas las noches que te de la gana, anuncia te en la portería, y lo demas corre por mi cuenta.

Cierta vez que el baron se entretenia en leer los periódicos en un café, alzó por casualidad los ojos y vió á través de los cristales los

árboles empolvados del boulevard que se destacaban en el fondo azul del cielo.

—Ea—dijo suspirando—mejor es que vuelva á Ober-Wesel, y á errar por las orillas del Rhin. La roca de Loreley debe de estar hoy poética é imponente.

—¡Dios mio! ¡qué triste es fluctuar entre la vida y la muerte; sobrevivir con la inteligencia al cuerpo miserable! Por fortuna—añadió contemplando en un espejo su rostro asaz demacrado—por fortuna la verdadera muer te, que lo cura todo, no tardará en visitarme, y no podré como ahora llorar sobre mi tumba.

—¡Oh! ¡un día, una hora de aquella vida de mis veinte años! una hora de creencias, de sueños y de ilusiones, aunque tras ella vengan mis cuidados de entonces, y una muerte mas horrible. ¿Qué es la vida? su primera mitad se vive á medias: despues se principia á morir.

Agitado de tan lúgubres pensamientos inclinó Conrado la cabeza sobre la palma de la mano; pero su codo, en vez de caer sobre la mesa, se introdujo en la jicara de chocolate de un concurrente al café. Al juramento en que este prorumpió, salió el baron de su éxtasis.

—¡Ah señor mio!—le dijo—¡cuanto me alegro de volveros á ver!

—No os diré yo otro tanto—contestó el del chocolate.

LIII.

El tal era el hombre de las gafas azules.

—Caballero—le dijo Conrado—no podeis tener una idea de cuanto me place el veros.

—Lo mismo os diria yo, sino me hubieseis vertido el chocolate.

—Hacedme, pues, el honor de almorzar conmigo.

—Acepto tanto mas gustoso, cuanto que no sé si mi bolsillo me permitiria segundar con otra jicara de chocolate.

Despues que les sirvieron un excelente desayuno, dijo el hombre de las gafas:

—¡Ah! ¡cuánta razon tenia Mr. de****!

—¿Y qué decia Mr. de****?

—Cierta noche que se representaba una de sus óperas, nadie podia dar con él ni con su manuscrito, de manera que los espectadores se impacientaban. Al fin tras mil pesquisas, pareció borracho como una cuba, por lo cual le desterraron al escotillon, donde dormia su mona lindamente.

Tuvo la ópera un éxito prodigioso. Nada hay como un buen éxito teatral, caballero, y no por lo que signifique, porque en el teatro, mas que en ninguna parte, se ven aplaudidas con frenesí cosas muy malas. Digoos que nada hay como un éxito teatral. Los aplausos conmueven hasta la médula de los huesos.

Por desgracia tiene despues uno que reirse del público, de los aplausos y de sí mismo.

—Sin embargo, el éxito de la ópera de Mr. de... era justo: ya estaba el teatro vacío y aun resonaban los ecos de los aplausos. Los actores corrieron á felicitar al autor en masa.

—¡Por Cristo, señores!—dijo éste, que ya se le pasaba la mona.—No puede escribir buena música quien bebe limonada.

—¿Luego sois músico?—le preguntó Conrado.

—Sí, señor.

—¿Os acordais de nuestro primer encuentro?

—Sí, señor—respondió el de las gafas un poco embarazado.

—Pues hacedme el favor de cantar aquella cancion que fué causa de que riñeseis con vuestra novia.

—Con mucho gusto; pero no puedo cantar aquí. Venid á mi casa, si gustais, que tendré á mucho honor el complaceros. Vivo cerca.

El baron estaba muy impaciente. Nunca tardó tanto un mozo de café en hacer la cuenta ni en cobrarla.

Llegados á la casa, el desconocido preguntó á la portera si habia venido alguien á buscarle, á lo que ella respondió agriamente que no lo habia reparado.

—Y cartas. ¿me han traído alguna?—prosiguió el de las gafas.

—Yo no las recibo—contestó la mujer de peor talante.

Para no molestarla entró el mismo en la portería, y tomó la llave de su cuarto. ¡Qué pobre hombre el de las gafas! Figurándose que era artista, y que tenia talento, dejó un destino en Rentas para entregarse todo entero á la música y soportaba con admirable valor las angustias de la miseria, con la esperanza de que llegaria ocasion en que saliesen á luz su genio y su persona. Cuando repicaban en gordo, el único gasto que hacia era tomar una jicara de chocolate en el café inmediato, y saber por los periódicos noticias del mundo en que él era ilota por su pobreza.

Por desgracia, ni genio ni talento tenia, y como tantas otras víctimas de las

ilusiones engañosas
livianas como el placer,

estaba condenado á vivir y á morir sin realizar sus sueños de gloria y de fortuna. Sobre todo la portera de su casa era para él su ángel malo. Teníale en soberano desprecio, y no recibía sus cartas desde que una vez se atrasó en el pago del cartero. Cuando alguien preguntaba por él, ella no respondía, robándole así muchas lecciones de piano que le hubieran venido como de molde. No se atrevía á ir al casero con quejas, porque le era en deber un trimestre, y estaba seguro de que recibiría de mal talante su visita.

Cuando alguno iba á buscarle, á tiro de ballesta conocía su tirana portera si era acreedor, en cuyo caso, en vez de decirle «no está en casa,» le daba ella misma las señas de su cuarto. No se crea que el autor exagera esta pintura. Quizás no hay una sola casa en todo París sin un verdugo y una víctima por el estilo.

No hace muchos años que el autor, por no atestiguar con muertos, se encontraba en idéntico caso.

LIV.

El adorno del cuarto del de las gafas consistía en las cuatro paredes, un catre de correas, una silla y un violín.

—Caballero—le dijo Conrado—hacedme el gusto de cantar la copla en cuestion.

—Al momento—respondió el músico.

Y después de templar el instrumento, y de los guisados preludios, cantó, por cierto muy mal, aquello de

Komm, lieber mai und mache...

vuelve, querido mes de Mayo etc.

de que el autor ha hablado en casi todas sus novelas.

Desde las primeras notas el baron le detuvo la mano, diciendo:

—Eso no es.

—Si, por cierto—respondió el músico.

Y continuó tocando, y aun acabó, sin que Conrado digese esta boca es mía.

—¿Cómo diablos he soñado yo—pensaba—que aquella copla era la mía?

—Caballero—le dijo al músico cuando acabó—os pido mil perdones. Un estravagante voy á pareceros; pero así como yo tengo mi manía, vos tendreis quizá la vuestra: me complazco en creer que cada hombre tiene la suya. Ando á caza del final de cierta cancion que no recuerdo, y no sé por que me habia imaginado que podía ser aquella de que nos hablasteis!...

—¿Quién sabe?... puede que yo la conozca he vivido en vuestro pais muchos años; y no creo que haya quien posea tanta música popular como yo.

Cantó Conrado el principio de su trova; pero el músico le confesó que nunca la habia oído.

—Sino tuvierais prisa, guardo allá adentro una multitud de papeles de música, todo lo mas selecto y mas antiguo de Alemania; la repasaríamos, y acaso diéramos con lo que buscáis.

—¿Qué hora es?—preguntó el baron.

—No tengo reloj.

—Hacedme el favor de preguntárselo á la portera por la ventana.

Dejóle esta salida frio como el hielo. Su portera ó no le contestaría ó le contestaría bruscamente, y la idea de una humillacion delante de aquel personaje, le puso tan avergonzado, que daba compasion. Esto no obstante, abrió la ventana.

Casualmente se hallaba la portera en el patio, de manera que el músico no podía escusarse con el baron, diciéndole:—no me oírán—pero acertó á pasar entonces una de las vecinas mas ricas de la casa, y el hombre de las gafas se tuvo por salvado. Preguntó, pues, la hora á la portera, quien no atreviéndose á salir de tono en presencia de aquella señora, le respondió con voz amable:

—Las dos.

—Tengo que marcharme—dijo Conrado—pero os suplico que acepteis una proposicion que voy á haceros.

Cada uno vive de su oficio. Así como yo no seria embajador gratis, así tampoco es justo que vos seais músico gratis. Si quereis mandarme esta música á casa, é ir todas las mañanas á tocarme alguna cosa, quizás encontraremos la cancion que busco. Os daré diez florines diarios.

El músico estuvo para hincarse de rodillas. Creia que soñaba.

—Si me lo permitís, voy á pagaros un mes adelantado.

Dejándole sus señas y seiscientos francos sobre la cama, se despidió el baron del músico aturdido. Como habia sido pobre mucho tiempo, comprendió perfectamente esta pobreza.

A los ocho dias habian ya agotado la música, lo que hizo á Conrado declararse anti-diletanti furioso. Fueron despedidos los músicos

ambulantes de que su liberalidad tenia siempre lleno el patio de su casa; dejó de ir al teatro, y solamente consintió en concurrir á algunas reuniones, á condicion de que ni se tocaria ni se cantarí.

LV.

En una de estas reuniones se empeñaron ciertos diplomáticos en que confesara la ocasion verdadera de su viaje á París. Tomó Conrado por pretesto su salud quebrantada, que cada dia iba evidentemente de mal en peor. Tratáronse despues las mas altas cuestiones políticas y sociales, las necesidades de los pueblos, las de los reyes, el pasado, el presente y el porvenir de cada nacion. Como es natural, cada uno decia que el bien público era su sola mira, su sola ambicion.

Desde el principio de esta plática, Krumpholtz, sentado junto á un clave, sin intento y sin apercibirse, comenzó á tocar lo del Rhin, deteniéndose en el fá, y volviendo en seguida al principio. Tan insoportable era esta monotonía, que muchos de los circunstantes se largaron con viento fresco. En cuanto á Conrado, engolfado en sus recuerdos, que acababan de despertar, no conoció que se habia quedado solo con el dueño de la casa, el cual, viendo que no contestaba las diferentes veces que le habló, sacó una flauta, y se puso á tocar lo mismo que tocaba el baron. Esta algaravia le hizo volver en sí.

—¡Ah!—le dijo alborozado;—¿sabeis el final de esta cancion?

—No, señor—respondió el flautista;—¿y vos?

—Yo... tampoco—repuso Conrado.

LVI.

No quiero ir á Italia—decia para su capote—toda la música que he oído aqui en Francia era italiana. Todos los libros que leo estan atestados de descripciones de Italia y de España. No hay poetaastro, enamorado de una planchadora superior á él, que deje de clamar á voz en grito por un cielo azul, por mujeres lascivas, é italianas de ojos negros y negra cabellera.

¿Quién no habla ya á voz en grito de San Pedro de Roma, de la columna de Trajano, del Vaticano, etc., etc., mientras en París nunca va á la iglesia, y pasa su vida en la disipacion? Escuchadlos y os aturdirán. «¡Oh! dadme mujeres españolas, esas que se estasian en las corridas de toros! dadme toreros y toros bramadores.» Y cuando pasa á su lado por la calle una vaca tísica que va al matadero, ó un buey derrengado, esconden precipitadamente la cadena de su reloj donde brilla un sello encarnado, que pudiera irritar al animal. No irá á Italia, no: me han entusiasmado tanto con ella, que ya no tengo entusiasmo. Harto estoy de oír hablar de patois y de galimatías. Volveré á morir en el único sitio donde he vivido, en Ober-Wesel, donde ví á Blanca, donde la yerba bajo mi planta se ha doblado mas de una vez.

¿En qué he empleado mi vida? ¿qué tengo ya que hacer ni qué esperar? si no conociera yo que la vida se va estinguendo en mí poco á poco, deberia salir por cualquier medio de esta situacion. No hay suplicio como el fastidio y el desaliento: es cien veces mas horrible que todos los que han imaginado los poetas y los sacerdotes, para recordar el otro mundo á los vivos. Mi cuerpo me es un peso insoponible, que ya no puedo sobrellevar, y mi alma se encuentra tan mal parada como un calenturiento, que se revuelca en su cama sin hallar una postura cómoda.

Yo no puedo gustar de nada de lo que los otros llaman placer, sin que el fastidio, como una horrible fantasma, venga con su mano helada á quitarme la copa de los lábios.

LVII.

—¡Blanca! ¡Blanca! el diablo me lleve si te conozco. Imposible me seria afirmar ahora mismo si eres hermosa ó fea, discreta ó tonta.

Pero lo que sí recuerdo, es que despues de tí no he visto mujer tan bella; que tu voz resonaba en mi corazón, y que desde entonces no he vuelto á oír ninguna tan armoniosa.

Pero ¿qué importa que esta belleza y esta armonía sean tuyas? ¿qué importa que esta belleza sea fantasia de mi mente, ó ilusion de la retina de mis ojos? ¿qué importa que esta armonía solo haya resonado en mi corazón, y que yo te la haya atribuido, porque te veia, así como se la hubiera atribuido á la curruca, si entonces hubiera yo visto una curruca?

¡Blanca! ¡Blanca! cuando grita el pastor—¡el lobo! ¡el lobo!—no es el lobo lo que llama á gritos, no lo que le falta, no lo que llora,

sino la pobre oveja que le quita. Lo que yo lloro, lo que yo pido á gritos, no eres tú, mujer, sin duda semejante á todas las mujeres, y quizás menos hermosa que todas. Lo que yo lloro, lo que yo pido á gritos, es aquella propension á la dicha, aquel hervir de sensaciones, aquella vehemencia en el dolor y la alegría, aquel amor que no he podido consagrar á ninguna otra mujer.

¿Qué importa que tú no hayas sido para mí sino una virgen de yeso, como esas groseramente modeladas que la devoción del pueblo adorna de brocados y de pedrerías? ¿Qué importa que tú no hayas sido bella sino para mi amor, si este amor vive contigo todavía, si lo guardas en tu seno, porque es una parte del mío? ¡Oh! una hora de amor como las de entonces, una hora de aquella felicidad que me derretía el corazón como derrite el fuego la cera; y si esto es demasiado pedir, ¡una hora de aquellos angustiosos celos que destrozaban el alma, y cuyo roedor me parece en la actualidad voluptuosísimo, porque el que siente destrozada su alma tiene alma todavía!

Pero mis primeros años han esterilizado el resto de mi vida. He devorado en pocos meses el átomo de felicidad que el cielo me tenía reservada; hoy en vano aspiro mi existencia: no exhala ningún perfume.

LVIII.

El médico le dijo: —Después de la muerte, caballero, todo es arcano impenetrable. Como los muertos no vuelven, nadie sabe si en la tumba nos están preparando placeres ó dolores.

—Entonces, caballero, hablemos de la vida. Sufro mucho: mis vestidos me estorban, me quemán como la túnica de un centauro: en ninguna parte estoy bien: siento sobre el cráneo como una corona de plomo, que se va estrechando y oprimiéndole más y más. Tengo tan pesado el cuerpo y tan débil, que se me figura que descansa el mundo sobre mí. En vano mi razón se esfuerza á sacarme de este letargo, porque ella misma se contagia y cae también en él.

—Evítad, caballero, las ideas melancólicas, y los recuerdos tristes. No penseis sino en lo que os divierta y distraiga.

—Tanto valdría, decir á un mendigo, muerto de hambre: —coma usted buenas gelatinas: beba usted vino de Málaga.

—Ya hemos echado mano de todos los recursos de la medicina, y me afirmo en creer que vuestra enfermedad es moral. Necesito, pues,

curar vuestra imaginación, y nada hay comparable al remedio que acabo de daros.

El barón cayó en un éxtasis profundo, durante el cual el médico esperaba que le dirigiese la palabra; pero conociendo que no llevaba trazas de hacer tal cosa, sino que permanecía con la cabeza entre las manos, saludóle y se fue á la chita callanda. Media hora había pasado, cuando entró Atanasio á vestirle, y viéndole en tal situación se detuvo en la puerta.

—Caballero—dijo Conrado sin abandonar su postura—ganás me dan de hacer testamento.

Cada día me siento más débil, y el fastidio que el vivir me dá, bastaría á consumirme poco á poco. Decídmeme vuestra opinión sin rodeos. Me alegra solo el pensar en el momento en que abandonaré este cuerpo, que hace años es para mí una carga insoportable.

Respondedme, pues, doctor, ¿creéis que pueda resistir el viaje á Alemania y á Ober-Wesel?

—Señor—dijo Atanasio—aunque exagerais vuestro mal, creo...

El barón levantó la cabeza.

—¿Y el médico?

—Se marchó há media hora.

—¡Ah! ¿y qué hacés aquí?

—Esperaba la órden de vuecencia para vestirle.

—Pues ya que has oído lo que preguntaba al médico, respóndeme por él, que acaso no perderé en el cambio.

—Creo—dijo Atanasio—que vuecencia se cree peor de lo que está verdaderamente; pero, hablando con franqueza, no creo que viva doscientos años como un visabuelo que Dios me dió. Por ende el tomar precauciones, es prudencia...

—Tienes razón, voy á hacer testamento. Vete.



Caballero, le dijo Conrado, hacedme el gusto de cantar la copla en cuestion.—Pág. 16.

LIX.

«Yo, el barón Conrado de Krumpholtz, al morir rico y cargado de honores, declaro solemnemente que la vida es una

burla, no de la suerte, como muchos creen, sino del hombre contra sí mismo, que se figura y se impone una vida, unos goces, unos deberes, unas virtudes superiores á él, fuera por lo tanto del mezquino círculo de su naturaleza.

Pasamos la primera mitad de la vida deseando la segunda, y la segunda, llorando por la primera.

Prometo morir me riendo mi credulidad, para que en mis lábios quede una sonrisa irónica, que enseñe á los que vean mi busto, sacado en yeso al punto que muera, porque es mi voluntad que se sa-

que, por si acaso la vida ó la muerte de un hombre puede enseñar á los otros.

Lego á Blanca Strœnitz, natural de Ober-Wesel, si aun vive, todo lo que poseo, á puerta cerrada, á condicion de pagar las mandas siguientes:

A Atanasio, mi criado, cuatro mil florines.
A Pedro Lorrin, compositor de música (el de las gafas), diez mil florines, por los quince dias de impaciencia, de inquietud, y por lo tanto de vida real, que me proporcionó sin querer.

A todas las solteras y casadas de Ober-Wesel, que se llamen Blanca, quinientos florines y un ramo de acianos.

Que se siembren cabe mi tumba acianos, ojiacontas y margaritas blancas.

Item, lego quinientos florines y un caballo, al mayor Peters-Keller, por la estocada que me propinó hace tres años, estocada que me tuvo á la muerte, haciéndome pasar un solo dia feliz... aquel en que me vi bueno.

Declaro que no dejo estas mandas para que me bendigan agradecidos. Me importa poco lo que sucederá despues que yo muera; y solo al presente me complazco en pensar cuanto será el gozo de mis herederos.

En la misa de *requiem* que se diga por mi alma, se cantará

Al Rhin, al Rhin, allá estan nuestras viñas.
Que sea bendito el Rhin! que sea bendito el Rhin!
De vides.

Lego diez mil florines á la persona que pase del *fa sostenido*. Este es el testamento que hago, yo, el baron Conrado de Krumpholtz.»

LX.

Mientras leía por la tarde acostado lo que escribió per la mañana, decia para sí el baron:

—¿Quién sabe? Quizás asista á la misa de *requiem* alguno que acaba esta copla que yo nunca pude acabar.
Y se durmió tarareando:

De vides.
De vides.
De vides.

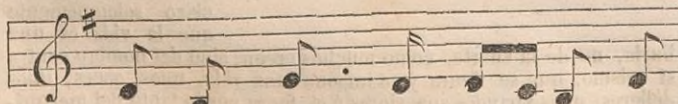
Una voz desde el corral le respondió cantando:

Al Rhin, al Rhin.

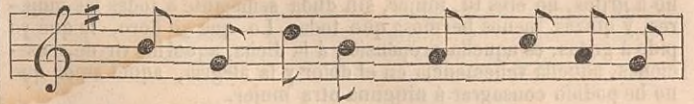
Creyó que aun estaba dormido: sacudió la cabeza, se palpó todo el cuerpo; pero no se engañaba. Aquella voz, que las ventanas y las puertas cerradas le impedian oír bien, cantaba su copla:



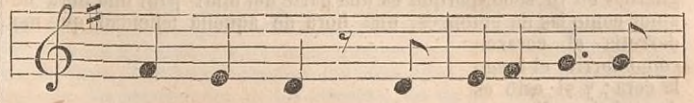
Al Rhin, al Rhin, a -



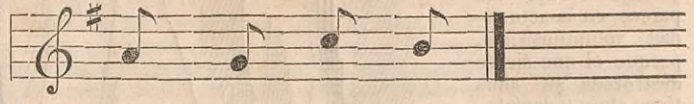
llá es-tan nues - tras vi - ñas. Que



sea ben - di - to el Rhin! que sea ben -



- di - to el Rhin! De vi-des cu-bre el



Rhin su már - gen.

Calló la voz, y por mas que Conrado seguia escuchando, reinaba un profundo silencio. Entonces tiró fuertemente de sus dos campanillas, y entró Atanasio.

—¿Quién cantaba ahora mismo en el corral?

—Una cantadora, á quien he despedido, como mandó vucencia que hiciese con todos los músicos y cantadores.

—Corre á buscarla y tráemela.

Los cortos instantes que estuvo fuera Atanasio los pasó el baron sin respirar siquiera. El criado volvió á decir que no la encontraba. La verdad es que no se tomó el trabajo de buscarla, pues no salió de la casa.

En toda la noche pudo el baron pegar los ojos. Este raro suceso, este compás que acababan de añadir á su canción, despertaba sus recuerdos con mas violencia que nunca. Ardia la sangre en su cabeza, y pasó la noche corriendo por su habitacion, mirando á las estrellas, y sobre todo repitiendo aquel verso cojo:

De vides cubre el Rhin su márgen.

—Nos volvemos á Ober-Wesel—dijo Atanasio á su querida—¿nos seguirás?

—Aunque sea hasta el fin del mundo.

Al dia siguiente amaneció Conrado tendido sobre la alfombra. Dijeron los médicos que le seria peligroso viajar en aquella situacion; pero él mandó formalmente á Atanasio que buscara caballos, y se pusieron en marcha.

LXI.

Durante el viaje se convenció Conrado de que el consabido verso cojo lo debía solamente á sus recuerdos que entre sueños le asaltaban; pero á los pocos dias conoció que no habia adelantado nada, pues se atascaba en el *si*, como se habia atascado en el *fa*.

Pasaban junto á un cementerio, y Conrado dejó de leer la gaceta que en la mano tenia, para decir á Atanasio, señalándole con el dedo los cipreses:

—Esos son los únicos árboles de la libertad.

—Señor, no mezclemos las cosas de los muertos con las de los vivos, que nos puede traer alguna desgracia.

—¡Pobre Atanasio!—dijo el baron—á tu pesar tu mirada completa tu pensamiento; pero descuida, que por esto no moriré ni mas pronto ni mas tarde.

—No os queria yo decir tal cosa—repuso Atanasio, temiendo haber causado á su amo alguna impresion triste:—lo que queria decir es que el cementerio y las palabras de vucencia me han recordado una historia que corrió por nuestro pueblo, antes que yo tuviese el honor de entrar á vuestro servicio.

Galanteaba un caballero á cierta doncella de la poblacion, y los bobalicones parientes y acaso acaso la misma joven creian que aquello acabara en matrimonio; pero ella no era ni bastante rica ni bastante noble para el galan.

Fueran las que fueran sus miras, frecuentaba la casa con asiduidad, dando á las gentes ocasion de hablillas, porque como ya os dije, nadie sino los cándidos y los deudos esperaban en la villa que el matrimonio se efectuara.

Una noche el galán estaba mas distraído que de costumbre, hablaba poco y menos de amor. La jóven sorprendida le preguntó la causa de aquel silencio, y para escitarle, intentó cogerle una rosa que él tenia en la mano sin pensar en ofrecérsela; pero se lo impidió tan tenazmente, que su novia alarmada sospechó que habia pertenecido á otra mujer, y le dijo que si continuaba negándole aquella rosa que tanto deseaba nunca volveria á verla.

—Pues no importa—contestó el galán—prefiero no volverte á ver á dártela; y eso que te amo sobre todas las cosas; pero si te explicase mi negativa, verias que en vez de enojarte debes de estar contenta, pues nunca como ahora he procedido enamorado y fiel.

A la verdad, si el baron no se hubiera dormido al comenzar la historia, interrumpiria á Atanasio preguntándole cómo pudo saber los secretos y hasta las mismas palabras de los dos amantes, y cómo su memoria habia podido retenerlas tan *ad pedem literæ*.

Y es lástima, porque Atanasio hubiera ensartado una porcion de mentiras, que podrian servir de mucho en igual caso á los embusteros cogidos en el garlito.

—Con estas y con otras disculpas por el estilo—prosiguió Atanasio—no se dió la jóven por desenojada, sino que se puso mas inquieta y mas deseosa de saber el quid de aquel misterio, y aseguró paladinamente á su galán, que sino le daba la flor, no volveria á verle aunque le costase la vida. El pobre hombre, que aunque no pensaba casarse con ella, la queria con extremo, le aseguró que si llevaba tal sentencia á cabo, él moriria de seguro el primerito, quedándole á ella para siempre el remordimiento de haber abierto el sepulcro al mas fino de los amantes.

—Todo fué en vano, señor—prosiguió Atanasio—y entonces el caballero, llamándola aparte, le dijo:—Al pasar por el cementerio cuando venia, reparé en una tumba cubierta de flores blancas; y sin pensar en lo que hacia cogí una y la traje en la mano, hasta el momento en que tu antojo me hizo comprender cuan estravagante fué el mio. ¡Traer á la mansión de mis dichas, una flor nacida en el cementerio, una flor criada en el polvo humano, una flor que debe sus colores á la descomposicion de un cadáver! En toda la tarde me abandonó esta idea. Parecíame ver esta flor entre tus cabellos, y que al punto ibas perdiendo tus colores, y se ennegrecia la órbita de tus ojos, y quedaba al fin tu linda cabeza como la de un esqueleto, aunque coronada de flores.

—¿Comprendes ahora mi tenaz negativa?

La jóven le aseguró que no le sucederia ninguna desgracia, pues desde Adán y Eva habia muerto tanta gente que era de inferir que toda la tierra no fuese sino polvo humano, y que por consiguiente todas las flores del mundo debian de estar en el mismo caso.

Reanudose la discusion, porque los dos eran testarudos: al fin la jóven salió de la sala diciéndole que si al otro dia no le llevaba la misma rosa, la misma, bajo palabra de honor, que no volviera á parecer por su casa. Fuese el amante entristecido, y no atreviéndose á renunciar á sus amores, llevó al dia siguiente la rosa, jurando por toda la corte celestial que era la misma del antojo.

La jóven envanecida se la prendió en los cabellos, aunque estaba ya casi mustia, y redobló con su galán caricias y ternezas. Divulgóse la historia por el pueblo, y todos dijeron que habia hecho mal, y que le sucederia alguna desgracia; pero ella lo tomó á broma.

Poco tiempo despues desapareció el sonrosado de sus mejillas, alteróse su salud, antes tan firme, y empezó á enflaquecer y demacrarse. Nadie se atrevia á hablarle de la rosa del cementerio, aunque todo el mundo se acordaba de ella. Pero lo que despeluzna de horror, fué que un dia asaltóle tal deseo de tener otra rosa del cementerio, que amenazó á los que la rodeaban con ir ella misma á cogerla, aunque fuese de noche. Esto los decidió á darle gusto.

Siguió enflaqueciendo, sin embargo, de dia en dia, y como para realizar la horrible vision de su amante, su cabeza sola, no su cuerpo enflaquecia.

Al cabo sus parientes tuvieron que llevársela á tomar baños muy lejos del pueblo, donde cuentan que murió horriblemente desfigurada, con la cabeza tal que parecia un esqueleto.

Lo que prueba—dijo Atanasio—que no se deben mezclar las cosas de los vivos con las de los muertos.

LXII.

Lo que hubiera contestado el baron, si no estuviese dormido.

Como dijimos antes el baron estaba dormido: si no, hubiese alterado la relacion de Atanasio con ligeras variantes, pues conocia muy á fondo aquella historia.

Efectivamente Atanasio tenia razon en lo que dijo, que Krumpholtz habia llevado la flor al dia siguiente á su novia, pero despues

de cumplido su objeto que era tenerla toda la noche como lo ofreció á otra mujer (la que se la habia dado) de quien esperaba algo... y aun algos. La fantástica historia del cementerio la forjó de repente para salir del paso.

Dejó de ir Conrado á casa de su novia algun tiempo despues, y como la jóven empezó á dar muestras muy visibles de su *debilidad* (como se dice vulgarmente), su familia se vió en el caso de sacarla del pueblo, y divulgar despues la fábula que contó Atanasio, fábula que fue tanto mas creida cuanto que la primera parte se habia llegado á saber, sin que nos conste el cómo, y dió que hablar algunos dias á la gente desocupada.

LXIII.

Ya en Ober-Wesel, conoció Conrado que no le quedaban muchos dias de vida, y al mismo tiempo que se moria sin dolores, no como quien se duerme, que dice el vulgo, sino al contrario, como quien despierta de un sueño penoso.

El conocer que moria con gusto, sin sentir mayor apego á la vida, como esos árboles que cuando mas viejos son mas profundizan sus raices, hizo que se felicitara á sí mismo. Mandó que le condujeran á todos los lugares de sus recuerdos, y despues le acostaran en una habitacion lujosísima, con vistas al Rhin, haciéndola llenar de rosales floridos, y tapizarla, así como su lecho, de hojas de rosa.

Sintióse un dia tan malo, que sospechó que era ya su postrero. Prohibió que nadie, ni los médicos, entraran en su alcoba, hizo que se renovaran las flores, y cuando el sol desaparecia tras purpúreas nubes, mandó abrir las ventanas, con lo que el último rayo del sol vino á iluminar su pálido semblante. Poco despues sintió frio, mandó por señas cerrar las ventanas, y que echáran leña en la chimenea, porque—dijo con voz débil, sonriéndose:—he decidido morir sin dolores.

Púsose el sol no dejando en el occidente sino un celaje rojo que por momentos desaparecia, cuando oyó llorar á Atanasio á los piés de la cama, y le hizo señas de que se acercase.—Atanasio—le dijo—ver y oír llorar es un dolor. Si me quieres haz por estar tranquilo como yo. Tus ojos lagrimosos sientan muy mal en esta habitacion que he mandado poner tan elegante. Tu rostro contrasta horriblemente con las flores. Vé por una botella de kirsckenwasser y bebétela en son de despedida porque voy á emprender un viaje al que no me acompañarás.

Atanasio obedeció. Quiso escanciarle Conrado por sí propio, pero le faltaban las fuerzas.

—¡Ea!... dijo—ya estan enganchados los caballos y el postillon fatigado. Dime:—buen viaje.

Y tomando aliento, prosiguió:

—Mi buen Atanasio, ni en mi testamento te olvidó, ni he sido nunca mal amo para tí. ¿Me negarás lo que voy á pedirte?

En este punto entró un criado á hablar en voz baja á Atanasio, el cual dijo á su señor:

—Ahí están llorando muchos parientes y amigos de vucencia, que quieren entrar.

—Mala recomendacion traen—respondió el baron con trabajo.—Que esperen media hora.

—¿Qué era lo que vucencia tenia que pedir á su humilde criado?

—¡Oh! Atanasio, tú tambien tienes *escolencia*, si te place. En la noche que me espera todos los gatos son del mismo color. Lo que voy á pedirte, no me lo puedes negar sin serme ingrato; y es que por algunos minutos te pongas alegre, y me cantes una cancion.

—¿Qué quiere vucencia que cante?

—Lo que te se antoje—repuso Krumpholtz mezclando con sus palabras ronquidos del estertor.—Lo que te se antoje, siempre que no sea el *Requiem* ni el *De profundis*, que ya preludia tu cara. Despáchate, porque en este momento importa que me obedezcas pronto.

Atanasio, con voz doliente, se puso á salmodiar llorando:

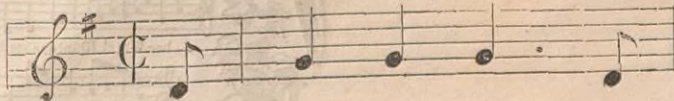
Al Rhin, al Rhin....

—¿Con que sabes esa cancion?—preguntóle Conrado, levantándose sobre un codo y volviendo á caer en la cama.

—Si, señor.

—Cántala, pues, cántala, por Cristo, y pronto ¡pronto!

Atanasio enjugó sus lágrimas, y reanudó el hilo de su cantar.



Al Rhin, al Rhin, a

- llá es - tan nues - tras vi - ñas. Que

sea ben - di - to el Rhin! que sea ben -

- di - to el Rhin! De vi - des cu - bre el

Rhin su már - gen to - da. Que

sea ben - di - to el Rhin! que sea ben -

- di - to el Rhin!

Pero Conrado Krumpholtz no la oyó, porque habia dejado de existir al pasar Atanasio del fá sostenido. Fortuna tuvo en no saber que aquella Blanca, llave de sus dorados sueños, aquella Blanca, tan poética para su corazon y su fantasía, aquella Blanca, que embalsamó la primavera de su vida y emponzoñó el invierno con su me-

moria, aquella Blanca Stroenitz, dueña del ramo de acianos que se encontró, y del pañuelo viejo que le costó doscientos florines, aquella Blanca, era la misma Blanca despreciada por Atanasio, la misma que cantó en París un verso mas de su copla para llamar la atención á su querido, la que se la enseñó á Atanasio, y la que enriquecida por el testamento del baron, viviria casada en esta mansion donde su antiguo amante habia pretendido en vano vivir con su recuerdo. Fortuna tuvo, fortuna, en no saber lo que sospechaba ya; que en el fondo de nuestras mayores penas y alegrías no hay nada, absolutamente nada.

LXIV.

Las consecuencias del testamento de Conrado fueron estas. Nadie se tomó el trabajo de labrar su busto en yeso. Blanca y Atanasio aceptaron su herencia, y se casaron. Pedro Lorrin, el de las gafas azules, gastó sus diez mil florines en hacer representar una ópera, que fué silbada horrorosamente. Las mujeres de Ober-Wesel que tuvieron la fortuna de llamarse Blanca, tomaron los quinientos florines, y tiraron el ramo de acianos. El mayor Keller apostó los quinientos florines en una carrera de caballos por el que le dejó el baron, contra el de un amigo suyo. Ademas de perder dió tal caída que no la pudo contar. Atanasio tuvo buen cuidado de ganar los diez mil florines que dejó su amo para el que acabase la copla.

Al Rhin, al Rhin...

En el *Requiem* cantado por su alma solo lloró una persona, la hija del anticuario, que por llamarse Blanca tuvo tambien sus quinientos florines, y dote, y se casó.

En vez de las flores que Conrado mandó se sembrasen en su tumba, Blanca y Atanasio creyeron de su deber edificar un enorme obelisco, donde se leia el elogio del muerto «y el dolor de cuantos le conocian.» No faltaron malos intérpretes de esta piadosa memoria, y dijese que habian echado este peso sobre el cadáver temiendo que la tierra le fuese demasiado ligera» y resucitara.

Nosotros, sin que esto sea murmurar de Blanca y de Atanasio, nos tomaremos la libertad de decir, que en tesis general, por grande que sea el dolor de un heredero, no iguala al que sentiria si el muerto resucitase.

EPILOGO.

Cuando florecen los albérechigos, cuando la naturaleza se engalana para recibir las primeras caricias del sol, no está el hombre predispuesto á trabajar, sino que gusta de seguir entre los sauces floridos la corriente del arroyo, de correr á caballo por la verde campiña, ó por el bosque en que la violeta se entreabre y la ogiacanta riza su capullo. Y á nosotros quizás nos gusta mas que á nadie.

Sin embargo, hemos querido escribir esta novela, mientras acabamos otra de mas pretensiones.

Al

Rhin al Rhin a-lla-estan nues-tras vi-ñas. Que

sea bendi-to el Rhin! que sea ben-dito el Rhin! De vi-des

cu-bre el Rhin su már-gen to-da: Que sea ben-di-to el

Rhin! que sea ben-dito-el Rhin!

VERSOS

CONTRA FRAY LUIS DE LEON.

Sabido es que el célebre poeta español Fr. Luis de Leon estuvo preso por espacio de mucho tiempo en las cárceles secretas del Santo Oficio, como reo sospechoso del crimen de heregía. Affligido este varon eminente con los rigores de una persecucion injusta, y desengañado de las vanidades del mundo y de la perversa politica que dominaba en su siglo, escribió en la pared de su calabozo las dos quintillas siguientes que sin epigrafe andan impresas en la coleccion de sus obras.

Aqui la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
¡Dichoso el humilde estado
del sábio que se retira
de aqueste mundo malvado!

Y con pobre mesa y casa
en el campo delectoso
á solas su vida pasa.
Con solo Dios se compasa
ni envidiado ni envidioso.

Luego que Fr. Luis de Leon recobró su libertad con el triunfo de su inocencia, corrieron entre sus amigos y émulos en unos con aplauso, y en otros con ironia y detraction maligna las quintillas copiadas. Entonces un Fr. Domingo de Guzman, se encargó de defender al Santo Oficio, y de insultar á Fr. Luis de Leon, en una glosa de aquellos versos, la cual se halla en el códice M. 243 de la Biblioteca Nacional, y es asi:

Porque las dañosas leyes
y sectas de perdition
no estragasen su nacion,
nuestros católicos Reyes
fundaron la inquisicion.

La cual, como fue trazada
estando Dios á la mira,
salió tan bien acertada
que jamás pudieron nada
aquí la envidia y mentira.

Es su justicia tan reta
que ningun falso testigo
ni disimulado amigo,
emprendió hacer treta
que quedase sin castigo.

Ansí que es temeridad
decir el mas descargado
en la cárcel de verdad
con mentira y falsedad
me tuvieron encerrado.

Que muy poquitos han preso,
que no esten por sus pecados,
si no quemados, tiznados,
porque juzgan con gran peso
en estos sacros estados.

Otro melindre gracioso
que diga un hombre privado
siendo un pobre religioso
con un modo muy brioso
dichoso el humilde estado.

¿Qué don Alvaro de Luna?
¿qué Anibal Cartaginés?
¿qué Francisco rey francés
se queja de la fortuna
que le ha traído á sus piés?

La religiosa pobreza
con un mesmo rostro mira
la cordura y aspereza,
porque esta es la fortaleza
del sábio que se retira.

Retiraos con reverencia
y con tanto desgaire
no tiren piedras al aire:
*Deo gratias, padre, paciencia,
mirad que son hombre y fraire.*

Y en cuanto á fraire subjecto
á lo que habeis profesado
para el estado perfecto,
cuanto hombre á cualquier defecto
de aqueste mundo malvado.

Arrogancia es mal de males
.....
en su furia infernal
no hay puerta por do no pasa
aunque cubra su quicial
con un saco de sayal
y con pobre mesa y casa.
.....

Ya la humildad se fue al cielo
despues que entró á rienda suelta
la vanidad en el cielo.
No habia esta grima y grita
en aquel siglo dichoso,
cuando nuestros heremitas
tenian casas y ermitas
en el campo delectoso.

En la córte de los reyes
ambicion juega sus tretas;
mas entre gentes perfectas
no se conocian leyes
ni se temian sus sectas.

Que el sábio que se desvia
del mundo y dél sedescasa,
tal enemistad le cria

que yendo en su compañía
á solas su vida pasa.

No le levanta el honor
ni el deshonor le entristece,
ni jamás le desvanece
la voz del adulator,
ni la del mal fin le empece.

Al tener y al no tener
con una tasa le tasa,
no estima el ser y el no ser
y en hacer y deshacer
con solo Dios se compasa.

Nada le desasosiega
al que vive con llaneza,
porque la simple pobreza
muy pocas veces le ciega
con vaguidos de cabeza.

Ansi que si pretendeis
acá y acullá reposo
humillaos: no os empineis:
de esta suerte vivireis
ni envidiado ni envidioso.

No sé ciertamente cuál fué la vida, y cuáles las costumbres del autor de estos versos. En aquel tiempo vivía un Fr. Domingo de Guzman, que se vió preso por la inquisicion como sospechoso de Luteranismo, al mismo tiempo que el canónigo protestante de Sevilla y Constantino Ponce de la Fuente. Es fama que Carlos V al saber en Yuste ambas prisiones, dijo: *Si Constantino es hereje, será gran hereje.* Y hablando de Fr. Domingo de Guzman, exclamó: *A ese por bobo le pueden prender.* Si este fué el autor de los versos contra Fr. Luis de Leon, nunca anduvo en sus juicios mas acertado aquel gran conquistador de Europa.

ADOLFO DE CASTRO.



BIBLIOTECA UNIVERSAL

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Obras publicadas en cada serie desde que la Biblioteca se hizo diaria.

PRIMERA SERIE.

Historia de Francia, por Sarrut. (Continuacion.)
Historia de España, por Mariana.
Los suscritores á la Historia de Francia
y á la de España antes del 15 de Febrero,
como regalo un magnifico mapa de Francia,
dispuesto para encuadernar con la Historia
de España.
Obras preparadas: Historia de Inglaterra, con
muchos grabados.

SEGUNDA SERIE.

Historia del
Inarista.

de Juanita.

novela de D. Juan de Ariza;
Historia de Eugenio Sué; otra
de un vil-hombre.

SERIE.

del retrato y bio-
grafia de Don Alonso de Toledo,
Santa.
Completo Dic-
cionario de la lengua

CUARTA SERIE.

Tratado de delitos y penas, por Beccaria.
El Espiritu de las leyes, por Montesquieu.
Obras preparadas: un gran Diccionario enciclo-
pédico de legislacion civil, criminal, mercantil, admi-
nistrativa, eclesiástica, militar y de hacienda.

QUINTA SERIE.

Enciclopedia de Historia Natural, por Chenu, la obra
mas completa de este género, ilustrada con cerca
de 8,000 grabados.
Historia de la Sífilis, por D. José Gutierrez de la
Vega.
El hombre y la muger, física y moralmente consid-
rados, por D. Atanasio Chinchilla.
Tratado del Varicocele, por Vidal (de Cassis).
De la seccion de las arterias, por Sedillot.
Aforismos de Hipócrates.
Memoria sobre las fiebres intermitentes, por D. Ata-
nasio Chinchilla.
Monografía de algunas enfermedades de la piel, por
D. Serapio Escobar.
Pronósticos de Hipócrates.
Biblioteca del Médico práctico, por Fabre.
Sueños del marqués de Mondéjar.
Obras preparadas: varias escogidas, originales y
traducidas.

SESTA SERIE.

Arte de brillar en la sociedad.
Viajes de Gulliver.
Mitologia ilustrada.
Obras preparadas: